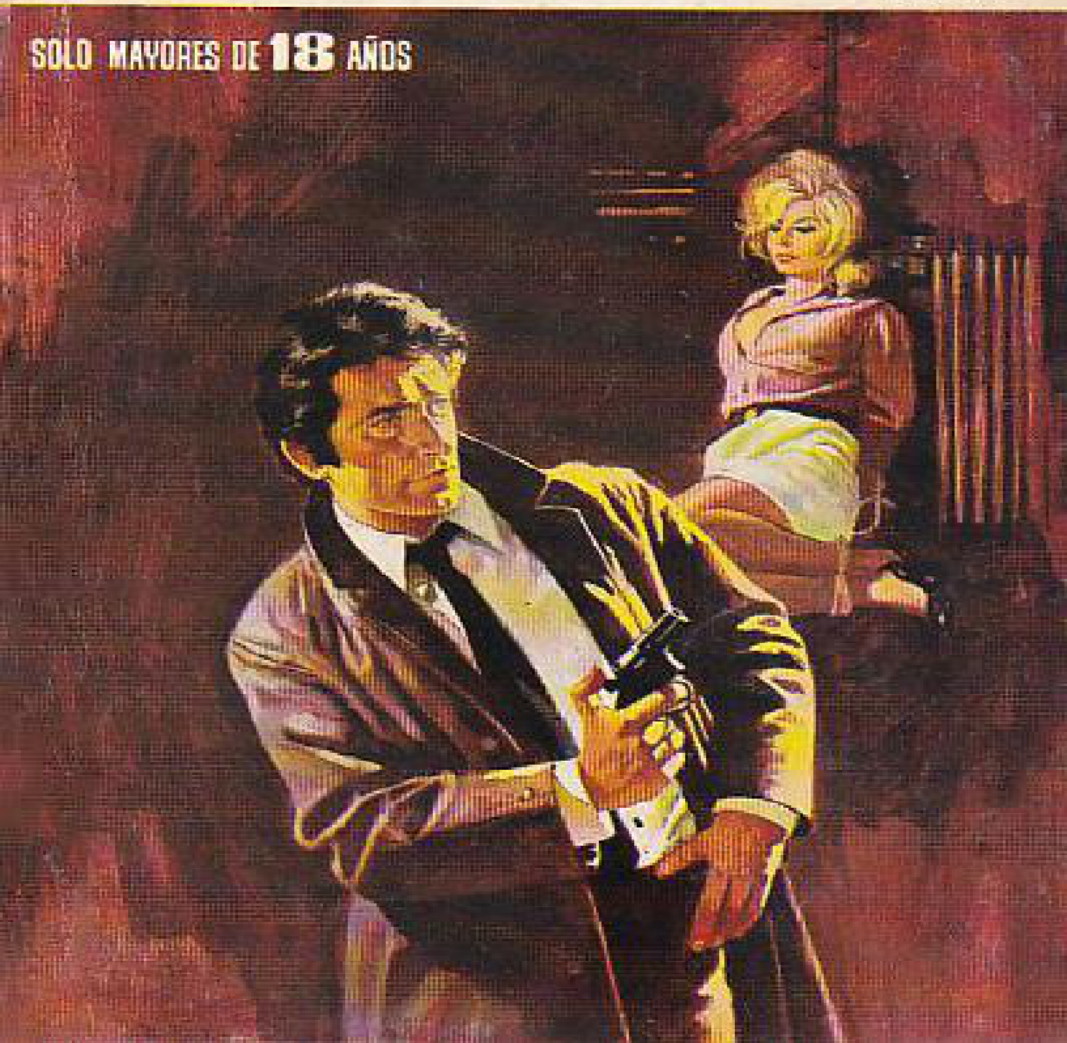


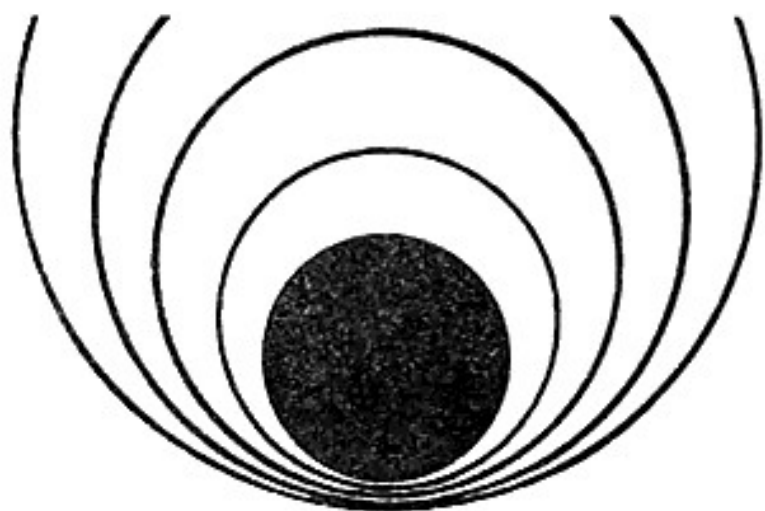


ALGUIEN AL TELEFONO

Curtis Garland

SOLO MAYORES DE **18** AÑOS





PUNTO ROJO



Novela Perteneciente a la coleccion de Bolsilibros de **xico_weno** para exvagos.com

[Gran Biblioteca de Colecciones de Bolsilibros de Ciencia Ficción, Terror, Suspense, Oeste ... \[EPUB\]](#)

ALGUIEN AL TELEFONO

CURTIS GARLAND



Colección
PUNTO ROJO n.º 964
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 84-02-02520-X
Depósito legal: B. 26.038 —1980
Impreso en España —Printed in Spain
1a edición: octubre, 1980

© Curtis Garland —1980
texto
© Norma —1980
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA. S.A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S.A.
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650)
Barcelona —1980

CAPÍTULO PRIMERO

EL nombre aparecía a la entrada de la población, como ocurre siempre en todas las ciudades de los Estados Unidos. Un festón de nieve parecía adornar el rótulo, de cara a las próximas Navidades.

WATERVILLE. Condado de Kennebec.
Pine Tree State. (Maine)

El joven viajero sonrió, poniendo de nuevo en marcha su vetusto automóvil de tercera o cuarta mano, con algunas dificultades a causa del intenso frío. Las ruedas se deslizaron pesadamente sobre la nieve endurecida y salpicada por la suciedad del fango, en el acceso a Waterville.

El indicador quedó atrás. Luces y edificios aparecieron ante sus faros, destacando en el blanco paisaje nevado. Como fondo de todo aquello, a su derecha, un lago helado rodeado de pinos blancos, reflejaba la débil claridad de algunas de esas luces urbanas.

Waterville no era un villorrio ni una aldea, sino una ciudad relativamente importante del condado de Kennebec, el mismo que acogía en su territorio a la capital del estado de Maine, Augusta. Sin embargo, lo parecía a primera vista. Tenía todo el aspecto de un lugar provinciano, poco o nada animado, posiblemente con una vida social intensa, algunos negocios de maderería y de granjas agrícolas, con la existencia, bastante destacada en todo el estado, de alguna que otra empresa editorial. Las Artes Gráficas tenían fama en Maine, lo mismo que las industrias del papel.

De momento, que él supiera, Waterville se podía permitir el lujo de tener dos periódicos, de diferente tendencia cada uno: republicano el uno, demócrata el otro. Con aquel maldito clima tan frío y extremo, pensó el viajero del desvencijado automóvil, la gente debía de ser muy aficionada a leer en una ciudad pequeña y provinciana como Waterville.

Eso era buena cosa para una persona como él. Estaba allí para ocupar una vacante en un periódico local, el *Journal*. Esperaba que fuese el republicano. Sus ideas no iban con los demócratas, ciertamente. Pero eso era puro azar. Lo importante era tener un trabajo, al menos por el momento. Y el *Journal* le ofrecía lo que buscaba desde hacía tiempo: un empleo y un sueldo. Ninguno de

ambos era demasiado importante ni para echar las campanas al vuelo, pero servía sobradamente, dada su situación.

De modo que telegrafió, aceptando la oferta del anuncio leído días atrás en *Augusta*, y allí estaba ahora, dispuesto a presentarse ante el redactor-jefe del *Journal*, un tal Avery J. Pernell, de quien no conocía más que el nombre y las señas de la redacción, gracias al susodicho anuncio.

Necesitaban una persona joven, soltera, con ambiciones de futuro en el periodismo, alguna práctica en el oficio de reportero, buen mecanógrafo y disciplinado. Debía acompañar a su respuesta unas pruebas de su «talento» periodístico. El joven remitió unos recortes suyos, publicados en algunos semanarios y rotativos de otros Estados, junto con sus datos personales.

La respuesta no se hizo esperar. Una sencilla carta firmada por Avery J. Pernell, ofreciéndole el puesto y un salario semanal de ochenta dólares. La cosa no era como para entusiasmarse, pero le adjuntaban la tarjeta de una casa de huéspedes particular, «pulcra, familiar y confortable», según palabras de la tarjeta, cuya pensión completa se elevaba a cuarenta y cinco dólares semanales. Eso suponía disponer de treinta y cinco para otros gastos, y la cosa podía resultar, sobre todo no habiendo más ni mejor donde elegir. La época era de escasez, a causa de la maldita crisis del petróleo y todas esas cosas, y un hombre joven no siempre encontraba fácilmente trabajo.

De modo que el aspirante al empleo, Larry Shatner, envió el telegrama aceptando sin discusión. Y aquí estaba ahora, a punto de conocer el *Journal* y a su redactor-jefe, Avery J. Pernell. Esperaba que para bien. Porque no podría resistir mucho más con sus escasos veinte dólares en el bolsillo, que eran todo su capital en aquellos momentos.

En realidad, Larry Shatner esperaba un trabajo rutinario, aburrido y monótono, en una comunidad reducida, donde la mejor noticia se referiría, sin duda, a un enlace matrimonial, un fallecimiento por colapso o la borrachera ruidosa de algún tipo en sábado por la noche.

Estaba en un error. Un gran error. Larry Shatner no sabía que en aquel reducido ámbito social que era Waterville, en el estado de Maine, iba a encontrar nada menos que la violencia, el horror, la muerte y la perfidia, apostados entre las sombras de unas calles apacibles, nevadas, de aparente postal navideña.

Él no podía saber eso cuando detuvo su viejo coche frente a las luces de unas vidrieras, sobre las cuales, en una fachada de la calle principal de Waterville, se podía leer con grandes letras rojas, de tipo gótico:

Nadie, en su lugar, hubiese podido imaginar ni remotamente la angustia y el miedo que le aguardaban allí, como anfitriones de honor totalmente imprevisible.

* * *

La señora Prentiss suspiró, cerrando el horno de la cocina y regresando a la mesa donde la joven cortaba las zanahorias y preparaba el suflé.

—Date prisa, Nancy —le pidió con su voz afable—. Si el señor Pernell no me engañó, tendremos seguramente esta noche otro huésped en la casa.

—Si el señor Pernell estaba sereno cuando lo dijo, tal vez sea cierto —comentó la joven cocinera, encogiéndose de hombros—. Ya sabe usted cómo es él: una buena persona cuando no bebe. Un desastre cuando se llena de alcohol, en la cantina de McDougall.

—De sobra lo sé, como lo sabe todo Waterville —suspiró la señora Prentiss sonriendo—. Pero creo que estaba sereno cuando lo dijo. Al parecer aguarda a un nuevo reportero para su diario.

—¿Un reportero? ¿Quién es el insensato que se mete en eso? —sonrió Nancy, mirando a la dueña de la casa de huéspedes con expresión burlona.

—Es forastero. No sabe nada de esta ciudad. Ni del *Journal*, claro. Por eso aceptó el trabajo, no hay duda.

—No durará ni una semana, estoy segura. Le pasará lo mismo que a todos los demás.

—Eso nunca se sabe. Hoy en día no abundan los buenos trabajos. Ya viste lo que pasó con la fábrica de papel de Kowalsky. Tuvo que cerrar, cargado de deudas, despedir al personal, y ahora todos ellos se acogen al subsidio de paro como único remedio para sobrevivir, a la espera de que una gran multinacional se haga cargo de las deudas de Kowalsky y se reabra la empresa. Son malos tiempos los que corren para el mundo entero, Nancy. Y, cuando menos, el señor Pernell es buen pagador. De eso, ninguno de sus empleados se quejó jamás.

—¿De qué le valdrá al nuevo reportero que le paguen puntualmente, si a cambio de una miseria tendrá que hacerlo prácticamente todo, en un periódico que tiene los días contados porque no se venden apenas ejemplares desde que el *Post* reformó su presentación y adquirió esa nueva maquinaria que le permite imprimir en color cada ejemplar?

—El *Post* es muy fuerte económicamente —suspiró la señora Prentiss moviendo afirmativamente la cabeza, mientras ayudaba a Nancy cortando las cebollas y las patatas para el plato que estaban preparando—. Por algo lo respalda nada menos que el Banco del señor

Treadwell. Pero personalmente, lo veo superficial y hueco. Sólo tiene de atractivo eso que tú dijiste: colores y presentación bonita. Eso no es periodismo, después de todo. Es como envolver caramelos en celofán.

—Pero la gente lo compra, y el *Journal* agoniza día a día. Cuando el nuevo empleado sepa que ha de trabajar doce horas al día o más, a cambio de un ridículo salario, que él tendrá que escribir, corregir y montar casi todo el periódico, y sólo le faltará hacer de linotipista y de impresor, cosa que no está descartada si el viejo Dekker y su hijo Tom le abandonan cualquier día, como parece probable, es muy posible que ese nuevo periodista desaparezca sin decir ni adiós, señora Prentiss.

—Eres muy agorera, hija —suspiró la patrona de la casa de huéspedes. Sonó el reloj, y ella alzó la mirada, contemplando las agujas en la esfera—. Vaya, ya son las seis y media. Apresúrate, o la cena no estará a punto.

—Sí, señora Prentiss —afirmó la joven Nancy, acelerando su tarea, mientras la dueña del negocio se dirigía de nuevo al horno para supervisar la marcha del asado de carne que allí reposaba.

Poco después, empezó a sonar la puerta, abriéndose y cerrándose. Los escasos huéspedes fijos de la pensión de la señora Prentiss, iban llegando a la casa. Y, como, de costumbre, el grato y apetitoso aroma de una excelente comida, flotaba en el ambiente como dándoles la bienvenida.

Sonó el teléfono en el vestíbulo en una de esas ocasiones. La señora Prentiss se dispuso a ir, pero se le anticipó alguien, descolgando. Oyó su voz, tras unos segundos de intercambio de palabras:

—Es para usted, señora Prentiss —dijo la voz de un huésped.

—Gracias, señor Watts —respondió ella—. Por favor, cuelgue cuando se lo indique. Usaré el supletorio de la cocina...

Pulsó el botón y descolgó el supletorio, avisando a su huésped, que colgó sin más, encaminándose a su habitación. La dueña de la pensión indagó al aparato:

—¿Quién llama, por favor?

—Señora Prentiss... —dijo una voz ronca, al otro extremo del hilo—. ¿Es usted misma?

—Sí, sí, soy yo, Jane Prentiss. ¿Quién habla?

—Soy un amigo... —musitó la voz con igual tono apagado, ronco, casi en un murmullo—. Un buen amigo, señora...

—Pero ¿de quién se trata? Su voz no me resulta conocida, la verdad...

—No importa mi nombre, señora. Tengo algo que decirle. Algo que le interesa mucho... Esa chica que trabaja con usted en casa,

Nancy Barnes...

La señora Prentiss tragó saliva y miró de soslayo a su ayudante, que seguía preparando las hortalizas para la cena. Trató de indagar de su extraño interlocutor:

—Siga. ¿Qué hay con eso? Temo no entenderle lo que pretende decirme.

—Nancy Barnes está embarazada, señora Prentiss —informó la voz.

—¡Imposible! —rechazó ella, airadamente. Se controló, para que la muchacha no captase la intención del diálogo, y añadió—: No sabe lo que dice. Está fuera de toda sospecha una cosa así...

—Se lo aseguro. Lo sé muy bien, señora. Está embarazada, y ni siquiera sabe quién es el padre de esa criatura. Acostumbra acostarse con los huéspedes, con cualquiera que ve, en casa o fuera de ella. Es una ninfómana con aires de mosquita muerta. Deshágase de esa sucia ramera, señora Prentiss. Lo digo por su bien. Soy un buen amigo que la aprecia, se lo aseguro...

Y la voz susurrante dejó de sonar. Un lejano «clic» marcó el final de la odiosa conversación. La señora Prentiss, asombrada, se quedó con el teléfono en la mano, sin saber qué hacer. Nancy se volvió a ella, intrigada.

—¿Ocurre algo malo, señora? No tiene buena cara...

—Nada, nada, Nancy —suspiró ella, colgando por fin—. Creo que era un tipo que se equivocó de persona, eso es todo. Al advertirlo, colgó sin más. No es nada importante créeme.

Y cuando se sentó a terminar de preparar la guarnición del asado, que depositó poco después en el horno con la pieza empezando a dorarse, su mano temblaba ligeramente. Nancy lo advirtió, pero no hizo comentario alguno, limitándose a ponerse en pie e indicar:

—Voy a preparar el comedor, señora.

Salió de la cocina. Su patrona dejó de trabajar, mirando hacia donde ella había salido, y murmuró para sí:

—Esa muchacha... No es posible. La tengo aquí como una hija, cuido de ella... Si eso fuera cierto y llegara a saberse... Incluso podrían cerrarme el negocio, habiendo un alcalde tan puritano como Frank Yates en Waterville... y un *sheriff* tan duro con la prostitución como Ralph Arden. Pero no puede ser. Ese bastardo tuvo que mentir. Todo no es más que una sucia calumnia de malvado...

Y paseó por la cocina, realmente aturdida, nerviosa, temblándole las manos y tratando de convencerse a sí misma de que aquella información sinuosa y cobarde, llegada por el hilo telefónico, sólo podía ser una canallada de algún maníaco.

Por ello no se le ocurrió en ningún momento denunciar el hecho a

la policía. No quería complicar las cosas a Nancy y, por supuesto, tampoco quería ella verse metida en problemas con su propio negocio de huéspedes. Era mejor ignorar aquella insidiosa llamada.

Y eso es lo que Intentó hacer. Pero no iba a serle fácil en lo sucesivo.

Capítulo II

LA voz jadeante, asmática casi, en su raro modo de hablar espasmódico y ronco, sonó al lado opuesto del hilo telefónico con siniestra lentitud:

—Hola. Soy un buen amigo... Tengo algo que decirte...

La mano que aferraba el teléfono, pareció insegura de pronto. Algo, en aquel tono y en aquellas roncadas palabras, había afectado a la persona que recibía la llamada. Pese a ello, inquirió con sequedad:

—Hable. ¿Quién es usted y qué quiere, concretamente?

—No tan deprisa, no tan deprisa... —la voz parecía tener, entre sus jadeos cansinos, una nota de maligno júbilo—. Le aseguro que vale la pena que tenga paciencia y escuche, amigo mío. ¿Sabe ya que su esposa está siendo tratada de una enfermedad venérea por cierto médico local, y que por eso no tiene relación sexual con usted desde hace algunos días? Verá que no me equivoco, ¿no es cierto?

El interlocutor del hombre de la voz ronca, se quedó helado, rígido. Una repentina lividez mortal cubrió su rostro. Los dedos apretaron de tal modo el teléfono, que parecieron a punto de astillarlo.

—Hijo de perra... —jadeó—. ¿Qué sucia mentira está diciendo?

—Sabe que no miento. Llevan unos días sin contacto carnal ella y usted, señor Klein. El motivo ya lo sabe. ¿Le da miedo comprobarlo, o es de los que consienten en sentirse engañados y burlados por su mujer? Piénselo bien, amigo, y no sea estúpido ni ridículo... Algún día me dará las gracias. Sabe que soy su amigo sincero... —una risita bronca, y colgó.

—¡Escuche, bastardo, hijo de perra, maldito y sucio cobarde! ¡Escuche bien!

Pero todo era inútil ya. Habían colgado. Harry Klein, furioso, estrujó de tal modo el auricular al colgarlo, que esta vez sí rompió el plástico del teléfono brutalmente. Luego, cayó sentado junto a él, mascullando maldiciones, con el rostro crispado por la furia y el odio.

—Lo averiguaré... —jadeó—. Lo averiguaré... Y si es cierto, ¡maldita zorra, lo pagarás muy caro!

El doctor Neil Gerard enarcó las cejas, cerrando el archivo metálico, que luego aseguró con doble vuelta de llave. Guardó ésta en su bolsillo del chaleco, bajo la bata blanca, y se quedó mirando fijamente, con cierta agresividad, a su enfermera, Sarah Niven.

—¿Usted ha buscado algo en mi archivo, enfermera Niven? —preguntó con sequedad.

—¿Yo? —ella enarcó las cejas, con aire perplejo—. Por cierto, bien sabe que no lo hago nunca, a menos que usted mismo me solicite una determinada ficha. Todo lo que guarda ahí es estrictamente confidencial, corresponde a sus pacientes, y yo no soy la persona que debe husmear para nada en ello. Mi tarea sólo consiste en pasarle las visitas, ayudarle en ciertas cosas que usted solicite, y dar hora y día a los pacientes. Nunca me he salido de mis atribuciones profesionales, doctor.

—Lo sé, enfermera Niven. Por eso me sorprendió encontrar algo cambiadas las cosas en el fichero. Usted no es de las que haría una cosa así a mis espaldas. Y eso me preocupa grandemente.

—¿Por qué, doctor?

—Usted misma lo dijo antes: secreto profesional. Muchos pacientes de esta ciudad confían en mi juramento hipocrático. Si no fuese capaz de mantener en discreta reserva sobre sus problemas personales, ya podría cerrar este consultorio y olvidarme de que soy médico.

—Pero nadie, excepto usted, posee la llave de ese mueble, doctor.

—Lo sé. Y eso es lo que me preocupa. Alguien ha utilizado una llave maestra lo bastante buena como para no estropear la cerradura ni forzarla.

—¿Qué es lo que dice? —se horrorizó la enfermera, dando un paso atrás, con expresión escandalizada.

—Lo que ha oído, amiga mía —suspiró con expresión sombría el médico de Waterville—. Hay en esto algo que no me gusta nada. Quienquiera que se arriesgó a tanto, tuvo que hacerlo con oscuros y turbios motivos. No falta ninguna ficha ahí, pero nadie puede asegurarme que no fuesen examinadas e incluso fotocopiadas algunas de ellas, si el intruso así lo deseó realmente.

—Doctor, eso resulta tan ilógico, tan improbable... ¿Quién pudo hacerlo?

—Es lo que estoy pensando desde antes de llamarla a usted al despacho, enfermera Niven. Ayer tuve dos visitas en mi consultorio que se quedaron solas en el despacho durante cosa de cinco a diez minutos. La primera vez, fue cuando trajeron al muchacho de los Doyle malherido en ese accidente, y tuvimos que pasarlo a la sala de emergencias. La segunda ocasión, fue con motivo del empeoramiento

de la señora Hoffman, ahí enfrente, que me hizo ir rápidamente a verla y administrarle una inyección de insulina sin pérdida de tiempo. En ambos casos, mi ausencia no pasó de los diez minutos. Y en ambos casos tuve un paciente ahí solo, esperando, mientras usted me ayudaba en atender al joven Doyle o se ocupaba de la centralita mientras visitaba a la señora Hoffman. Diez minutos pueden ser suficientes para cualquiera, si dispone de la llave maestra adecuada y tiene un objetivo concreto al visitarme.

—Pero los dos pacientes que permanecieron en su despacho, doctor...

—Sé lo que va a decirme —el médico hizo un gesto de impaciencia—. Ambos eran personas respetables de esta ciudad, cuya honorabilidad parece a toda prueba. Sin embargo, ¿quién nos garantiza con absoluta certeza que uno de ellos no tenga un oculto motivo que todos desconocemos, para curiosear en mi archivo?

—Es posible, doctor Gerard, pero me resisto a creer que personas como Jason Treadwell, el banquero, o Todd Murray, el hombre de negocios...

—Pues aun así, es posible que uno de ellos fuese el autor del hecho. Y he dicho solamente posible. Porque no olvidemos a una tercera persona que tiene siempre la posibilidad de abrir ese archivo y revisarlo todo sin prisas y sin precipitaciones de ningún género.

—¿A quién se refiere usted, doctor?

—A Angus Granger.

—¡Angus! —se sorprendió la enfermera, pestañeando—. ¿El mozo de vigilancia nocturna del edificio?

—El mismo.

—Angus parece un buen muchacho, ni siquiera demasiado despierto.

—Parece usted el abogado defensor de todos los sospechosos, enfermera Niven —sonrió con cierta amargura el doctor Gerard sacudiendo la cabeza—. Pero tenga en cuenta que uno de esos personajes, si no usted misma, abrió ese armario metálico y revolvió mis fichas de casos confidenciales.

—¡Doctor...!

—No se ofenda. Se lo digo porque también usted entrará en el cuadro de sospechosos cuando la policía sepa esto.

—¿Va... a denunciarlo a la policía?

—No tengo otro remedio —suspiró el médico cansadamente, dejándose caer en su asiento—. Los informes clínicos ahí encerrados son demasiado importantes para muchos de mis pacientes, enfermera. La sola idea de que alguien llegase a conocer detalles de determinadas personas sometidas a tratamiento por mí, me causa terror. Un médico

es como un confesor que atiende cuerpos enfermos y no almas. Esos cuerpos muchas veces presentan males que la sociedad actual condena: enfermedades venéreas, indicios de desequilibrio psíquico, manías depresivas o neurastenias, la huella de algún mal ya pasado, pero altamente contagioso que podría asustar a otros... E incluso fobias y manías como cleptómanos, ninfomanías y cosas por el estilo. No, enfermera. No puedo silenciar lo sucedido. De un modo discreto pero oportuno, debo informar al *sheriff* Arden de lo sucedido. Personalmente, sabe que goza usted de toda mi confianza. Pero el joven Angus Granger, el vigilante de noche del edificio, o esos dos visitantes, el señor Treadwell y el señor Murray, pese a su posición sólida en nuestra sociedad, serán por un igual vigilados y controlados por la policía, para ver si fueron culpables de algo. Tengo que saber quién, manipuló mi fichero. Es imprescindible, para evitar males mayores.

—Sí, creo que tiene razón, doctor. ¿Habrá escándalo con ello?

—Intentaremos que no lo haya. Por fortuna, no falta ninguna de las fichas, y eso evita que tengan que surgir nombres y circunstancias a la luz. Se trata, simple y llanamente, de saber quién abrió ese armario y husmeó las fichas clínicas.

Es todo. Ahora, por favor, haga pasar al siguiente, enfermera Niven. Yo llamaré al *sheriff* Arden.

—Sí, doctor Gerard —dijo sumisa la enfermera, saliendo en silencio del despacho del consultorio.

* * *

—De modo que usted es Larry Shatner, aspirante a periodista.

—Sí, señor Pernell —afirmó Larry, contemplando con cierta desorientación y algo decepcionado también, al hombre fornido, de rojiza piel y ojos azules y turbios que, frasco-petaca en mano, le recibía sentado en su escritorio, hablando entre trago y trago. Su aliento despedía un fuerte aroma a brandy. Tenía el cabello entre rojo y canoso, erizado como el de un puerco espín o un cepillo. Vestía con descuido, y le rodeaba un total desorden en las escasas y viejas mesas de la redacción del *Journal*.

—Bien, muchacho —el redactor-jefe del *Journal* se echó al coleteo otro buen trago, limpiándose los labios de un manotazo, antes de continuar—: Como comprenderá, éste es un periódico en decadencia, o no recurriría a buscar redactores desconocidos en cualquier rincón de la geografía americana, a cambio de un sueldo que, de antemano, sé lo ridículo que resulta. Pero es todo el dispendio que, en la actualidad, puede hacer este periódico, amigo mío.

—No le he pedido explicaciones de la situación financiera del

periódico, señor Pernell —respondió tranquilamente Larry—. Si usted me garantiza que, cuando menos, cobraré mi salario y podré cumplir puntualmente con la señora Prentiss, en cuya pensión estoy obligado a alojarme, dada mi capacidad económica, yo trabajaré sin rechistar en todo lo que me corresponda, al margen del mayor o menor auge de esta publicación.

—Claro, hijo. Eso, desde luego. Lo último que Alvin J. Pernell sería capaz de hacer en este mundo, es estafar a un trabajador. Pero antes de seguir adelante y hacerle firmar un contrato que le ligue al *Journal* por un período de tiempo, deseo ser totalmente sincero con usted, muchacho. No va a ser un trabajo normal ni cómodo. La jornada laboral de un periodista no tiene horario. Y en este periódico mucho menos. Todo tenemos que hacérselo nosotros dos. Absolutamente todo. Luego, lo revisa nuestro único financiero, y como tal director, que es el señor Ben Watters un hombre de negocios local con bastante buena fe. Aparte de eso, luego se encargan de la linotipia, grabado e impresión los Dekker, el viejo Josuah y su hijo Tom.

—¿Ese es todo el personal del *Journal*? —preguntó Larry, francamente desilusionado.

—Absolutamente todo. Ello quiere decir que hay días en que usted y yo tendremos que trabajar doce o catorce horas sin descanso para llenar las páginas de nuestro periódico que, por fortuna, solamente son cuatro, salvo imprevistos como el estallido de una guerra mundial o cosa parecida, en que subiríamos a seis u ocho. Como hay algunos anuncios, crónicas de agencias por télex y cosas así, nuestra labor se reduce, en conjunto, a publicar información local que interese al público de Waterville. Pero aún así, son muchas horas de trabajo y muy poco el salario a recibir. Piénselo bien, hijo, antes de decidirse.

—Está todo pensado —suspiró Larry Shatner—. No tengo trabajo, me gusta escribir y paso un mal momento. Aceptaría incluso vender mi alma al diablo a un precio razonable, señor Pernell.

—De hecho, lo está haciendo, muchacho —rió el otro, tomando otro trago—. El *Journal* es lo más parecido que hay a un infierno. De momento, cobrará ciento sesenta dólares. Son dos salarios semanales de anticipo, que le descontaré a razón de cinco dólares a la semana. De ese modo, empezará su vida en Waterville con un poco de dinero en el bolsillo. Dicen que eso da seguridad.

Abrió un cajón de su escritorio y, con indiferencia, tiró sobre la mesa un pequeño fajo de billetes de diez dólares que a Larry le parecieron agradablemente hermosos. Alargó una mano para tomarlos. En ese momento, Pernell puso ante él un documento y una pluma.

—Firme, si está conforme con lo que ahí dice, y guarde una copia. Es su contrato de trabajo con el *Journal*.

Larry no vaciló. Estampó su firma al pie de las dos copias del documento, quedándose con una de ellas. Y también con los billetes de Banco, que guardó con un suspiro.

—Bien venido al infierno, hijo —rió de buen humor Avery J. Pernell retirando su propia copia firmada—. Ojalá sea para bien de todos...

—Espero que así sea, señor Pernell —Larry miró en torno—. ¿Cuál será mi lugar de trabajo?

—Elígelo tú mismo, muchacho —se expresó Pernell con mayor familiaridad—. Hubo un tiempo en que esas seis mesas estaban todas ocupadas por redactores. Eso era antes de que el *Post* cambiase su maquinaria, su estilo y su presentación.

—¿El *Post*?

—El *Kennebec County Post*, exactamente. El periódico competidor. Su propietario es Jason Treadwell, un rico banquero, el primero en Waterville. Y Alvin Carpenter su director. Un demócrata furibundo, como su periódico.

—Menos mal —suspiró Larry aliviado—. Temí que ellos fueran los republicanos...

—Ah, ¿pero tú eres republicano, muchacho? —le tendió su recia mano abierta, riendo cordialmente—. Ya somos dos en el *Journal*. Me alegra la coincidencia. Pero ser demócrata no es lo peor que tiene el *Post*. Lo peor es, precisamente, Carpenter. Y su redactor principal, Clint Slatery Han hecho de su diario un buen rotativo, la verdad: páginas en color, información amplia, recursos ilimitados, muchos lectores. Con todo eso tiene que luchar el viejo *Journal*. Es una batalla perdida de antemano. Lo que ignoro es lo que soportará Murray las pérdidas de este periódico. Guando él cierre la espita financiera, adiós definitivo. Yo tengo unos ahorros que enterraré en sobrevivir al diario un tiempo. Pero eso será todo.

—¿Quién habla de entierros y funerales? —rió jovialmente, quitándose la chaqueta—. Manos a la obra, Pernell. ¿Cuándo empieza la confección del diario de mañana?

—Justamente dentro de dos horas —miró su reloj pensativo—. Tienes tiempo de ir a casa de la señora Prentiss y cenar, tras asearte un poco y dejar allí tu equipaje. Yo la telefoneé ya, para advertirle de que posiblemente tendría un nuevo huésped. Luego, vente para acá. Tenemos un duro trabajo hasta el amanecer, en que salga el periódico listo para su venta. Los Dekker vienen entre diez y once para empezar la tarea de grabado, composición y tiraje. No te demores.

—Descuide —sonrió Larry volviendo a ponerse la chaqueta—.

¿Hay alguna información para ese número?

—Ninguna. Tendrás que inventártela toda tú, muchacho —resopló Pernell—. Ve pensando en ello. Y en la forma que se podría dar a toda esta información que llegó por el télex, mientras cenas y te preparas para volver.

Le tendió un sobre de papel manila repleto de papel recortado del télex, con noticias de agencia. Larry recogió todo eso, hizo un gesto y se encaminó a la salida.

—Seguramente estaré aquí en una hora —avisó—. Deje de beber, Pernell, por favor. Creo que trabajaremos mejor si está totalmente sereno.

Y cerró tras de sí, volviendo a pisar la crujiente nieve, en las calles batidas por el frío invernal de Maine en diciembre, justo cuando sonaba uno de los teléfonos en la redacción.

Pernell cogió el auricular. Mientras Larry se ponía los guantes, para subir a su desvencijado coche, oyó palabras y frases entrecortadas del redactor-jefe del *Journal*, respondiendo a su interlocutor telefónico:

—Maldito cerdo, ¿usted otra vez? No voy a escucharle, hijo de perra. ¿Qué sucia voz utiliza, que parece asmático? Sólo vierte veneno... Es usted un bastardo asqueroso... ¿No tiene otra cosa que hacer que usar el teléfono para manchar a la gente y ensuciar nombres y dignidades? No me importa que Tom Dekker tenga inclinaciones homosexuales o no... Ese muchacho seguirá trabajando de linotipista conmigo, pese a quien pese, maldito puerco...

Colgó violentamente. Larry arrugó el ceño y subió a su coche, arrancando hacia el domicilio de la señora Prentiss, que tenía escrito en la tarjeta de visita. Su gesto ahora era pensativo, sorprendido y preocupado.

No podía dejar de pensar en la llamada que acababa de atender Alvin J. Pernell.

No lo entendía, pero pensaba en ello. Y no le gustaba.

Capítulo III

LA cena resultó realmente excelente. Hacía mucho tiempo que Larry Shatner no saboreaba una sopa tan sabrosa y un asado de carne tan apetitoso como el que sirvió la señora Prentiss en la mesa ocupada por sus cuatro huéspedes: Apenas terminada la cena, los otros comensales se pusieron en pie, con evidente aspecto de cansancio. Uno era de bastante edad, y sabía, por las presentaciones de la señora Prentiss, que se trataba de Sidney Watts, un hombre jubilado que vivía de una modesta pensión y no tenía a nadie en el mundo. Como su dinero mensual se lo permitía, había preferido la hospitalidad hogareña de la señora Prentiss a un asilo del Estado, por confortable que fuese. En contraste, los otros dos eran bastante más jóvenes. Sobre todo, Jonathan Clark, un mozo alto, fornido, bien parecido y de cabello moreno y ensortijado, que trabajaba en Waterville como delegado de una importante empresa de material agrícola y ganadero. El tercer huésped era Shelby Cornell, un actor teatral de unos cuarenta a cuarenta y cinco años, que daba clases de arte dramático y de música y baile —había actuado en musicales de Broadway, según él—, en un pequeño estudio alquilado en Waterville, no lejos de casa de la señora Prentiss.

—Creo que iré al salón a ver la televisión un rato —bostezó Sidney Watts, el jubilado, despidiéndose de Larry —Yo no soportaría un programa de la pequeña pantalla ni borracho —gruñó Jonathan Clark tomando un libro de una repisa—. Creo que me acercaré un rato a la cantina de McGregor, tomaré una copa mientras sigo leyendo este volumen, y luego vendré a dormir. ¿Alguien me acompaña, caballero?

—Yo, no —rechazó el actor y profesor de arte interpretativo—. Estoy realmente fatigado hoy He tenido dos nuevas alumnas, y son bastante duras por cierto. Creo que subiré a dormir. Buenas noches a todos.

Los ojos de Clark buscaron a Larry Este sonrió, moviendo negativamente su cabeza.

—Con gusto tomaría una copa en cualquier sitio —admitió—. Pero me espera una dura noche de trabajo en la redacción. No puedo fallar el primer día.

—Oh, entiendo. Usted es el nuevo redactor del *Journal* —asintió Jonathan Clark, mirándole como si en eso hubiera algo de divertido—. Le deseo suerte, de veras. Personalmente, prefiero comprar el *Post*. Lo

malo es que el noventa por ciento de Waterville piensa lo mismo que yo, amigo Shatner.

—Procuraremos hacer que piense de distinta forma dentro de unos días —comentó Larry irónicamente—. Esa es, precisamente, mi nueva tarea.

—Bastante difícil, por lo que veo —señaló Clark, arrugando el ceño.

—Me gustan las dificultades. Los hombres se crecen en ellas, señor Clark. Buenas noches. Ha sido un placer conocerles a todos. Creo que lo pasaré bien aquí.

Y con vaga sonrisa, se dirigió a la cocina, para abonar a la señora Prentiss su primera semana de estancia, antes de iniciar la tarea habitual.

Lamentó no haberlo hecho antes de cenar, como pensaba, aunque de ello tuvo la culpa la propia dueña de la casa de huéspedes, al invitarle a sentarse para la cena, dejando para más tarde toda otra cuestión.

Se detuvo cerca de la puerta entreabierta de la cocina, en el breve corredor desierto, cuando oyó sollozar a una mujer, mientras sonaba, bastante dura, la voz de la dueña de la casa:

—... yo nunca me hubiera imaginado algo así, Nancy Te tengo en casa como una hija, y como a tal te trato, más que como a empleada, por saber que vives sola y necesitas calor de hogar en tu vida. ¿Y me haces eso a mí? ¿Eres capaz de estar embarazada de un hombre a quien ni siquiera conoces, es posible que te acuestes con cualquiera, incluidos algunos de mis propios huéspedes? ¿Qué forma de respetar mi casa es ésta, Nancy?

—Señora Prentiss, yo no quería... —comenzó la otra voz femenina entre sollozos.

—Nancy, lamento que hayas llegado tan lejos. No me gustan los anónimos, y esa voz por teléfono que me vertió tales insidias contra ti, me pareció detestable y odiosa. Pero entonces comprendí que el sucio comunicante tenía razón. He notado cosas raras en ti últimamente, que se justifican por tu estado. Lo más penoso es que no hayas sabido respetar las paredes donde te alojas. Esos hombres que viven bajo este mismo techo, ¿qué respeto pueden tener ya a mi casa o a mí, si han estado contigo en su propia habitación, sin yo sospecharlo siquiera?

—Si hubiese podido impedirlo, señora... —gimió la criada—. He sido débil, siempre lo fui, lo admito. No debí permitir que esto sucediera. Pero ahora ya es tarde. Sólo puedo irme... irme a cualquier lugar, señora Prentiss... donde pueda dejar a salvo la dignidad de su casa.

—Eso sería sencillo para mí, Nancy Despedirte no resuelve nada.

Eres una muchacha sola, me necesitas... Todo esto resulta doloroso, difícil, pero ¿qué sería de ti, por el mundo, esperando un hijo... y con un carácter tan débil como el tuyo ante cualquier hombre? No, no puedo tener ese cargo de conciencia. Sigue aquí, Nancy Pero tendrás que aceptar dos condiciones previas y prometerme que las cumplirás.

—Lo que diga, señora Prentiss...

—Nancy, verás mañana a esos hombres. A los que han estado contigo. Les dirás que eso no volverá a suceder, y que deben olvidarlo y guardar el máximo respeto a esta casa en lo sucesivo... o tendré que pedirles que se marchen de aquí para siempre. La segunda promesa que debes hacerme es que nunca, nunca, volverás a cometer ese error en mi casa. Después, cuando salgas de aquí, haz de tu vida lo que quieras, pero no entre estas paredes.

—Se lo prometo, señora. Mañana mismo hablaré con... con ellos. Y no volverá a ocurrir. Nunca más, tiene mi palabra.

—Eso basta, Nancy —suspiró con voz cansada y dolida Jane Prentiss—. Ahora, sigue la tarea. Y olvidemos todo esto, tan desagradable. Espero que ese canalla que se dedica a llamar a la gente para ensuciar nombres y reputaciones, no vuelva a acordarse de esta casa para nada, querida mía. He sabido por una amiga, la señora Klein, que ha hecho otras llamadas indignas y viles. Ella misma ha notado algo en su marido y está asustada porque, al parecer, le ocultó algo durante un tiempo y no sabe cómo, ese maldito comunicante de la voz ronca lo ha averiguado. No sé lo que será, pero la pobre parecía realmente angustiada y aterrorizada...

Larry respiró hondo. Recordó aquella llamada anónima a Avery J. Pernell cuando él salía de la redacción. Extraña coincidencia, pensó.

Luego, procuró pisar fuerte por el pasillo, tosiendo a la vez para hacerse notar, y golpeó la puerta de la cocina.

—Adelante —invitó la señora Prentiss.

—Buenas noches, señora —saludó Larry, entrando y viendo de soslayo cómo Nancy, la sirvienta, se ocultaba a él limpiando platos en el fregadero—. Vengo a pagarle la primera semana... y felicitarle por la cena. Fue realmente magnífica...

* * *

La cantina de McGregor era una pequeña y acogedora taberna, con un gran espejo tras el mostrador, una máquina de discos automática y dos máquinas electrónicas en otro rincón. Sobre una estantería, frente al mostrador, un receptor de televisión funcionaba, emitiendo un programa informativo de deportes.

McGregor, un pelirrojo y rudo escocés, atendía la barra y las mesas sin muchas dificultades, especialmente a estas horas en que sólo

tenía dos clientes: Larry y otro hombre sentado en la barra cabizbajo sobre su vaso de whisky con hielo.

—Buenas noches —saludó Larry, acercándose al mostrador tras consultar la hora—. Un whisky, por favor.

Se lo sirvieron. Larry pagó. Dentro de cinco minutos se cumplía una hora desde que dejara la redacción del *Journal*. Iba a tomarse por fin el estimulante licor antes de iniciar el duro trabajo. No vio por ninguna parte a Jonathan Clark, pese a que había anunciado su intención de visitar el local antes de irse a dormir. El hombre sentado en el mostrador era de más edad y vestía muy bien. Parecía absorto en su licor y en sus propias ideas.

—Es usted nuevo por aquí, ¿no? —preguntó Steve McGregor, devolviéndole el cambio.

—Sí —sonrió Larry—. Acabo de llegar. Soy Larry Shatner, nuevo redactor del *Journal*.

—Vaya, es un placer conocerle—. El otro le tendió su mano—. Soy Steve McGregor, el dueño de esto. Me gustaría verle por aquí de vez en cuando. Si le gusta el *scotch*, además del *bourbon*, tengo varias botellas de primera clase.

—Me gustan todos los whiskies —asintió riendo—. No olvidaré su información, McGregor. Y me verá a menudo por aquí, aunque no me gusta emborracharme.

—Del *Journal*, ¿eh? —refunfuñó el otro cliente, volviendo la cabeza y mirándole con repentino interés—. Vaya, amigo. Espero que den mejor información que el *Post*. Acabo de ir a verles, y me han dado con la puerta en las narices. Por lo que se ve, mi información les importa un cuerno. Pueden agotar su tirada diaria sin ella.

—¿De qué información se trata, señor...? —comenzó Larry, desconfiado.

—De algo obsceno y cobarde —silabeó el otro, con voz pastosa, en la que se apreciaba el efecto del licor—. De algo tan vil y repugnante que nunca debió producirse en Waterville. Al parecer, nadie quiere darle publicidad, maldita sea. No se dan cuenta de que puede ser un tumor que nos corrompa a todos finalmente, si no se le extirpa antes...

—Debe perdonarle, Shatner —terció vivamente McGregor, conciliador—. El señor Murray no es solamente un hombre de buena posición y negocios prósperos en esta ciudad, sino que es republicano acérrimo, y los del *Post*, con su director, Alvin Carpenter a la cabeza, no ven con buenos ojos sus ideas políticas, eso es todo. Habitualmente, el señor Murray es una persona serena y correcta, pero creo que hoy ha bebido algo más de la cuenta, cosa realmente extraña en él. ¿Por qué no se va ya a casa, señor Murray, y deja todo esto de

una vez? No le va el licor, compéndalo...

—Al diablo con eso, McGregor —se irritó Murray—. No quiero ni puedo ir a casa. De repente, todo ha cambiado en mi vida. No sólo me ha llamado el *sheriff* Arden para hacerme un montón de preguntas estúpidas, sino que al llegar a mí casa, he tenido que soportar algo mucho peor. Ese maldito Arden me trataba como un delincuente, como un sospechoso de algún delito grave. Y todo, porque el doctor Gerard ha denunciado que alguien forzó en su ausencia su fichero profesional, curioseando las fichas de casos clínicos estrictamente confidenciales durante unos minutos ayer mismo... ¡Como si a mí me interesara lo que pueda guardar allí ese medicucho del diablo! Arden me tranquilizó, diciéndome que había otros posibles responsables del hecho, pero eso no cambia las cosas. ¡Y por añadidura, esa maldita, sucia y asquerosa llamada de esta noche a mi propia casa...!

—¿Llamada? ¿Qué clase de llamada, señor Murray? —se interesó Larry Shatner, con ojos brillantes de excitación.

—¿Y a usted qué diablos puede importarle, joven? Hará como los del *Post*: reírse de mí y de mi noticia. Verter veneno por un teléfono no es, evidentemente, noticia ni tan siquiera delito. Pero haber estado solo en la consulta de un médico durante varias horas, sí lo es... ¡El diablo se los lleve a todos!

—Escuche, señor Murray Soy republicano, como usted, y pienso publicar en el *Journal* todo lo que realmente sea noticia para Waterville. Y ésa puede serlo. ¿Por qué no me cuenta todo lo sucedido, todo lo referente a esa llamada?

—Hay poco que contar, muchacho —le miró con simpatía desde sus turbios ojos enrojecidos—. Una asquerosa voz ronca, susurrante, como si estuviera asmática, sonó en el teléfono cuando lo descolgué esta noche... Y me dijo... me dijo cosas espantosas, cosas capaces de hundir mi hogar y mi vida para siempre...

—¿Cosas sobre usted, sobre alguien que usted conozca, señor Murray? —insistió Larry.

—Cosas sobre mi propia esposa, Selena —jadeó él de mala gana —, Selena, mi esposa, que es buena, honesta, digna... ¡La calificó de... de todo lo peor! Dijo que era una cualquiera, que tenía amantes a mis espaldas... ¿Se da cuenta? El sucio y vil rufián...

—¿No reconoció su voz?

—No, infiernos. ¿Quién podría reconocer una voz ronca, que murmura las cosas, que jadea como si tuviera asma? Puede que finja, porque no conozco a nadie con ese tono. Incluso podría ser lo mismo la voz de un hombre que de una mujer. Pero bien disfrazada, eso sí.

—Señor Murray, ¿ocurre eso desde hace mucho tiempo en Waterville?

—¿Ocurrir? —él abrió unos ojos como platos—. Es la primera vez que me ocurre, muchacho. Y espero que sea la última...

—No ha sido usted solo quien recibió una llamada de esa clase —dijo Shatner, con un suspiro—. Creo que va siendo hora de que, realmente, todos sepan lo que ocurre. Y de eso me ocupo yo, señor Murray. No tema, no mencionaré nombres ni hechos. Pero mañana, por favor, compre el *Journal*. Creo que lo van a comprar muchos más que en días anteriores...

Y apurando su vaso de whisky, apretó el hombro de Todd Murray con energía, y salió del bar, ante la sorpresa de McGregor.

Cruzó la calle nevada, camino de la redacción del *Journal*. Al otro lado, en una acera alumbrada por una farola, la nieve formaba un halo blanco en torno a la forma de una cabina telefónica.

Larry redujo el paso. De ella salía alguien. Le vio cerrar la cabina, mirar en torno, y dirigirse a las luces del bar de McGregor, tras subirse el cuello de su gabardina.

Era Jonathan Clark, el joven huésped de la señora Prentiss.

Larry miró la cabina ahora vacía. La señora Prentiss tenía teléfono. ¿Por qué había usado Jonathan Clark el público, en su camino desde la pensión a la cantina?

* * *

—Muchacho, esto puede ser dinamita —jadeó asombrado Avery J. Pernell, contemplando los enormes titulares de primera página, que cubrían virtualmente la mitad de la misma, llamando inmediatamente la atención sobre ellos.

—Lo es —suspiró él—. Algo que el *Post* rechazó anoche...

Y extendió el ejemplar recién impreso, con sus gigantescos caracteres:

LLAMADAS ANONIMAS EN WATERVILLE. UNA
VOZ MISTERIOSA SIEMBRA INDIGNACION Y
MIEDO EN ESTA CIUDAD. ANONIMAS AMENAZAS
Y CALUMNIAS SOBRE HONRADOS CIUDADANOS.

—Es increíble, muchacho —confesó Pernell, asombrado—. Nunca se me hubiera ocurrido algo así...

—Se llevarán los periódicos en un momento. Al parecer, mucha gente ha sufrido esas llamadas, usted el primero. Todos querrán saber más de ellas. Y los restantes ciudadanos también, por simple curiosidad. Creo que hoy vamos a batir al *Post* en toda regla.

—Será digno de ver. Algo que no ocurría desde hace diez años al menos...

—Pues va a verlo, Pernell. No es periodismo serio, lo sé. Es sensacionalista, truculento y cuanto quiera decirle. Pero se basa en algo real, en un hecho comprobado, no estamos inventándonos nada. Y para vencer al enemigo, todas las armas son válidas. Incluso hacer lo que no nos gusta.

—Para no gustarle, lo has hecho muy bien —ponderó Pernell, estudiando la primera plana del ejemplar—. Esto va a ser un duro golpe para el *Post*, estoy seguro. El orgullo y la seguridad de Clint Slatery y de Alvin Carpenter van a sufrir mañana un buen impacto bajo la línea de flotación.

—Sí, creo que sí —Larry sonrió, viendo cómo el joven Dekker, el linotipista, empaquetaba ejemplares, que iban saliendo de la rotativa manejada por su padre, Josuah Dekker. Se preguntó-si, realmente, aquel joven frágil y risueño sería un homosexual, como acusara la insidiosa voz del teléfono. Pero ése era, simplemente, problema suyo. Había trabajado duramente y parecía feliz con el resultado de ello. Lo demás, a él le importaba poco. Y suponía que a Pernell también.

Con el nuevo día, una sorpresa iba a romper la monotonía de Waterville, en forma de grito de denuncia contra un psicópata peligroso, como era el anónimo comunicante que levantaba la calumnia y la insidia contra sus conciudadanos.

Pero significaba, también, el inicio de una ofensiva abierta contra el todopoderoso *Kennebec County Post*.

Y eso podía resultar divertido, después de todo...

* * *

Clint Slatery contempló atónito al director del *Post*, Alvin Carpenter.

—¿Cómo es posible? —jadeó—. Eso no ha podido ocurrir...

—¡Pues ha ocurrido! —bramó Carpenter, perdiendo su habitual compostura rígida, con un potente puñetazo en su mesa de la redacción—. ¡Slatery, nos han devuelto casi la totalidad de la edición que ha salido hoy a la calle! En cambio... el *Journal* ha agotado la tirada y está a punto de lanzar una edición especial, según mis noticias, con nueva información sobre el caso...

—¿Qué caso, señor Carpenter? —Slatery, que acababa de llegar a toda prisa desde su casa a la redacción, con el *Post* en el bolsillo, parecía no entender nada, aparte de mostrar el sueño y la torpeza en su rostro.

—¡Este! ¿Es que no oyó hablar de ello anoche, maldita sea? —rugió Carpenter, tirando un ejemplar del *Journal* sobre la mesa—. Es

la primera vez en mi vida que compro un ejemplar de ese asqueroso papelucho. Pero lo malo es que mucha gente ha hecho hoy lo mismo en todos los puestos de venta...

Atónito, Clint Slatery clavó sus somnolientos ojos en la estridente primera página del *Journal*, y de sus ojos desapareció todo vestigio de sueño, para reflejar un estupor sin límites.

—Imposible... —musitó—. Absoluta y totalmente imposible... Esa noticia... es un disparate... Y esa forma de presentar la noticia... Es periodismo barato, señor Carpenter.

—Será todo lo barato que quiera, Slatery, pero ello les ha permitido vender más de cinco mil ejemplares en dos horas. Y nuestra edición apenas si vendió cien números, al lado de esos titulares que llamaban la atención de todo el mundo.

—Todd Murray vino a la redacción anoche para contarme algo de una llamada anónima, pero no le concedí la menor importancia...

—Pues se portó como un asno, Slatery —le reprochó duramente Carpenter—. Él se fue al *Journal* con el cuento. Y no sólo eso. Parece confirmarse, sin dar nombres concretos, que muchos ciudadanos de este lugar han recibido llamadas semejantes. El *sheriff* Arden confirma que hubo una denuncia de una persona de Waterville, en posible relación con este suceso, pero el juez Lumet se ha hecho cargo de ello y ahora está *sub judice* y no se puede publicar, ni Arden da informes sobre ello.

—¿Cómo pudo inventarse Pernell una cosa así? —Slatery golpeó la primera página del diario rival—. No es su estilo de hacer periodismo.

—Tal vez no, pero sí es el de un nuevo reportero que ha contratado anoche, según mis noticias. Un joven forastero con ideas concretas sobre el modo de pisarnos el terreno, sin más ni más.

—Sí es así, déjelo de mi cuenta. Ahora ha obtenido una noticia, ganándonos por la mano, pero eso no volverá a ocurrir.

—Espero que no, Slatery —refunfuñó Carpenter iracundo—. Me ha telefoneado el señor Treadwell, y no está nada contento. Si nos fallase un día su apoyo económico, estaríamos perdidos. Por su parte, me ha confirmado que fue interrogado por el *sheriff* a causa de esa denuncia, como presunto sospechoso de apoderarse de algo confidencial. No podía decir, porque el juez Lumet se lo había prohibido expresamente por el momento. Pero según él, Todd Murray estaba en su misma situación y, sin duda alguna, fue quien dio información amplia a los del *Journal*. Tiene que hacer algo, Slatery. Cualquier cosa, menos dejar que el *Journal* nos bata de nuevo. Si perdemos la confianza del lector, seríamos nosotros los vencidos en esta batalla.

—No se preocupe. Ellos han ganado, simplemente, una escaramuza sin importancia —sonrió ladinamente Slatery—. Vaya preparando una edición especial. Traeré noticias para ella. Y daremos un golpe mortal a esos necios, se lo aseguro. La guerra la ganaremos nosotros, de eso no hay ninguna duda.

—¿Cómo espera conseguirlo, Slatery?

—Como lo hace todo buen periodista, señor Carpenter —sonrió el reportero—. Pisando la gran noticia al rival...

Capítulo IV

LARRY Shatner sonrió, cambiando una mirada satisfecha con Avery J. Pernell.

—Se lo dije. Íbamos a vencer por una vez.

—¡Y de qué modo! —se entusiasmó Pernell—. Hemos agotado la edición, nos llaman pidiendo más ejemplares... Va a ser un éxito total, Shatner. Y todo, gracias a su buen olfato periodístico, a su sensacionalismo...

—Ya le dije que no me gusta el sensacionalismo, pero no existía otro medio de ganarles la primera batalla. Por otro lado, no creo que esto dure mucho. Ellos se lanzarán a la lucha sin pérdida de tiempo. Y pueden volvernos a barrer, si no nos mantenemos en la línea actual hasta ganarnos la confianza y la curiosidad del lector.

—¿Qué sugiere?

—Sólo una idea; buscar noticias.

—La de las llamadas anónimas tiene sus limitaciones. No podemos esperar que el interés del lector se mantenga siempre con la misma información.

—No, pero de momento no hay otra. Ellos también lo saben, y tratarán de ganarnos por la mano nuevamente. ¿Está en marcha la nueva edición?

—Sí, pero no hay novedades para incluir. Sólo repetir la información...

—No, no haga eso. Defraudaría a los que han empezado a comprar el *Journal*.

—¿Qué otro camino existe? —dudó Pernell, sorprendido.

—Se me ha ocurrido uno sonrió Shatner—. ¿Usted podría deshacerse de quinientos dólares sin rechistar?

—¿Quinientos? —arrugó el ceño—. Es mucho dinero. ¿Para qué lo quiere?

—Yo, para nada. Si arriesga esos quinientos, puede ganar mil en esa nueva edición que prepara. Sólo le basta cambiar la información de primera página. Y con ella los titulares, claro está.

—¿Qué idea le ronda la cabeza, Shatner?

—Se la voy a decir —sonrió Larry—. Pero debo contar con ese dinero...

—Si usted es capaz de que se agote la tirada extra, iré más lejos.

Le ofrezco mil dólares de mi bolsillo.

—¡Perfecto! —aprobó Larry, con entusiasmo—. Entonces, escúcheme. Y que Dekker vaya componiendo los nuevos titulares...

* * *

Alvin Carpenter y Clint Slatery se detuvieron, asombrados, mirando la escena que tenía lugar ante sus ojos. Se miraron luego entre sí.

—¿Qué diablos significa eso? —masculló Carpenter.

—No sé. Son los vendedores de periódicos. Y la librería de la parada de autobuses... Se agolpa la gente... —Slatery pestañeó—. No puede ser el *Journal* otra vez, señor Carpenter... La segunda edición no se puede vender más que la primera...

—Yo que usted no hablaría sin saber lo que realmente ocurre —gruñó Carpenter, con rostro ensombrecido—. Vaya a ver lo que pasa. Le espero aquí.

Slatery asintió, mezclándose rápidamente con los que se agolpaban en los puestos de venta de diarios. Caía la tarde, estaba nevando suavemente y el frío era intenso. Algunos le gastaron bromas que irritaron a Slatery. Todo tuvo su explicación cuando un ejemplar del *Journal* cayó en sus manos, con enormes titulares impresos en rojo en su primera plana. Los leyó, estupefacto:

¡ULTIMA HORA SOBRE LA VOZ ANONIMA DEL
TELEFONO!

EL *JOURNAL* OFRECE MIL DOLARES DE
RECOMPENSA A QUIEN AYUDE A DESCUBRIR O
IDENTIFICAR DE ALGUN MODO AL
COMUNICANTE DE LA VOZ AFONICA.

En silencio, muy pálido, tendió el ejemplar a Carpenter. Ya apenas si quedaba algún número del *Journal*, junto a las pilas intactas de la edición vespertina del *Post* con noticias de las llamadas anónimas.

—Cielos... —masculló Carpenter, estrujando el ejemplar, mientras unos transeúntes volvían la cabeza y reían al verles allí parados, con el diario rival en sus manos. Vamos de aquí, Slatery. Sólo esto nos faltaba...

Se alejaron presurosos, hablando agitadamente entre sí. Ambos parecían demudados, como si hubieran recibido el más duro golpe de su vida.

Ralph Arden, *sheriff* de Waterville, contempló pensativo a su interlocutor.

—No me gustan sus métodos, Shatner —dijo bruscamente, con cierta aspereza.

—No escribo para que guste a todo el mundo —sonrió Larry—. Lamento que piense así, *sheriff*.

—Tampoco le gusta al juez Lumet. El piensa que pueden estar ustedes metiéndose en un asunto *sub judice*, quebrantando así las leyes de este estado.

—¿Quebrantar las leyes? ¿Qué leyes? —se asombró Larry—. Nos limitamos a informar de algo que nos han contado algunos ciudadanos de Waterville. Esas llamadas existen. Es misión suya descubrir quién está asustando o amenazando a los ciudadanos con semejantes infamias. Pero el *Journal* es muy dueño de ofrecer una recompensa en metálico.

—Hay gente a quien no le gusta la ingerencia de su diario en ese asunto —comentó Arden fríamente—. Muchos de los asuntos aireados por ese comunicante, son confidenciales y delicados. A nadie le gusta que sus secretos anden en boca ajena.

—Lo lamento, *sheriff*. No damos nombres ni hechos. Sólo hablamos de la existencia de un loco o un canalla en esta comunidad, dispuesto a hundir reputaciones y a provocar dramas íntimos. El propio Pernell tuvo una de esas llamadas, aunque no la ha denunciado. Todd Murray tuvo otra. Nadie puede prohibirnos que hagamos público eso. Ni siquiera usted, *sheriff*.

—Tenga mucho cuidado, Shatner. Usted es solamente un forastero en Waterville y en Maine. Puede verse en serios problemas si desafía a personas más importantes que usted. Este juego debe detenerlo.

—¿Es que usted sólo compra el *Post*? ¿Es demócrata, *sheriff*? —rió Shatner.

—Está hablando de más —bramó con irritación el hombre de la ley—. No hago sino advertirle. Se busca enemigos demasiado fuertes para lo poco que usted es y significa.

—Perdone que difiera de usted en eso. Soy poco como persona, pero ahora represento aquí la libertad de información, el espíritu de justicia de un pueblo que se niega a que le oculten la verdad. Y eso, *sheriff*, pese a quien pese, puede ser más importante que el prestigio o la voluntad de ciertos personajes y caciques locales.

—Ya está advertido. Ahora, no se lamente de lo que pueda ocurrir en el futuro, Shatner —dijo Arden, camino de la salida.

—Si muestran el mismo celo en cazar al telefonista misterioso que

en coaccionar a un periodista, seguro que no tardarán en darle caza, sin necesidad de incentivos económicos —fue el irónico comentario de Larry, cuando la puerta se cerraba tras del *sheriff* local.

Justo entonces, notó que no estaba solo. Giró la cabeza. Jonathan Clark le sonreía desde la escalera que conducía a las habitaciones de los huéspedes de la señora Prentiss. Había aparecido allí prácticamente sin hacer el menor ruido y se limitaba a contemplarle con una sonrisa enigmática en su rostro joven y viril.

—Pronto empiezan sus problemas en Waterville, ¿no, Shatner? —comentó burlón.

—Siempre ocurre igual. Están demasiado habituados a la rutina del *Journal* y la inocuidad del *Post*. La verdad siempre levanta ampollas en los suspicaces y sensibles. Sobre todo, cuando tienen algo que ocultar.

—¿Usted cree que no interesa en esta ciudad que se descubra a ese tipo del teléfono?

—No sé qué pensar. Tal vez alguien tema que el desenmascaramiento de ese sádico puede levantar una polvareda demasiado grande, y revelar lacras insospechadas en una sociedad aparentemente limpia y honesta.

—¿Cree que es realmente un sádico? ¿Un enfermo, quiero decir?

—Todo el que recurre al anonimato para verter acusaciones, calumnias o lo que sea, a través de un teléfono, sin dar la cara, y provocando enfrentamientos, temores y angustias, es un enfermo en potencia. Mental, quiero decir.

—En suma: el anónimo comunicante es un loco —sonrió Clark.

—Para mí, sí. No cabe otra explicación posible —estudió con frialdad al joven—. ¿Y para usted?

—No sé qué pensar —se encogió de hombros el otro, bajando los últimos escalones—. Puede ser un resentido. O alguien que considera que si el mundo está podrido, no hay por qué ocultar la podredumbre bajo una piel aparentemente sana...

Se alejó, camino del comedor. El reloj del vestíbulo desgranó lentamente las campanadas. Eran las siete en punto. Pronto se serviría la cena, y empezaría una nueva jornada nocturna en la redacción del *Journal*. De momento no había noticias. Pero Larry estaba dispuesto a buscarlas donde las hubiese.

Se abrió la puerta de la casa. Larry miró, sorprendiéndose al ver aparecer, con su abrigo y caperuza cubiertos de nieve, a la señora Prentiss, cargada con una bolsa.

—Perdonen. Hoy se servirá la cena un poco más tarde —se justificó ella, al verle—. Nancy no está muy bien. Sufre una depresión nerviosa. Olvidó varias cosas en el supermercado y tuve que ir a

recogerlas antes de que cerrasen... Dígaselo a los demás, señor Shatner, por favor.

—Claro, no se preocupe por eso —sonrió Larry pensativo. Miró a la dama y preguntó, tras una indecisión—: ¿Ha influido para algo en Nancy... lo publicado en el *Journal*?

—De modo que usted lo sabía... Escuchó lo que hablábamos anoche... antes de entrar a pagarme... —dijo tristemente la mujer.

—Lo siento. No pude evitarlo.

—Sí, ya lo imagino. De todos modos, hubiera acabado por enterarse. Nancy me confesó que está ya embarazada de cinco meses... Pronto se le notará mucho. Pobre chica... No sé cómo pudo hacerlo, pero es joven, algo ardiente... En fin, debemos comprender y perdonar a los demás, señor Shatner.

—Claro. Lo que me preocupa es que haya podido impresionarle lo del periódico...

—No, no. Es más, me pareció complacida porque alguien acusara a ese canalla de lo que estaba haciendo, e intentara concienciar a la gente para darle caza y que le castigasen como merecía. Lo que la ha impresionado más, ha sido una llamada hoy...

—¿Telefónica? —Larry se puso rígido.

—Sí, ciato. Preguntaron por ella. No me permitió escuchar a su interlocutor. Pero estoy segura de que se trataba de... de ese cerdo. Palideció, balbuceó cosas... y luego colgó, marchándose llorosa a su cuarto. Desde entonces, no ha hecho nada a derechas. Empieza a preocuparme.

—Dígale que si necesita ayuda, se la prestaré gustoso. Todos debemos luchar contra un ser capaz de tanta bajeza, señora Prentiss.

—Estoy de acuerdo con usted —suspiró ella—. Se lo diré cuando la vea más calmada...

Siguió hacia la cocina. Entró en ella. Larry se dispuso a ver algo de televisión en el saloncito, a la espera de la cena. Al asomar, vio al viejo jubilado, Sidney Watts, sentado frente a la pantalla iluminada. Parecía abstraído, lejano. Larry miró hacia el televisor.

Era una emisión local. Estaban presentando ante las cámaras un ejemplar de la edición extra del *Journal*, con la oferta de mil dólares de recompensa por el comunicante anónimo. El rostro del viejo Watts pareció animarse. Se inclinó hacia adelante, apoyando su barbilla en las manos cruzadas, lleno de interés por la imagen.

—...en su nueva línea informativa, un periódico provinciano, el *Journal* de Waterville —estaba explicando el presentador—, ha lanzado a la calle una edición que ha causado impacto en el público, y ha puesto en la picota la existencia de un ser despreciable, capaz de amedrentar e intimidar a toda una comunidad laboriosa y honrada,

con insidias propias de un demente...

—¡Demente! —farfulló Watts, despectivo, creyéndose solo en la salita de TV—, Siempre dicen lo mismo cuando no entienden a alguien...

Larry se sorprendió del comentario. Pero no tuvo tiempo de comentar nada a su vez.

En ese momento, un terrible y agudo grito llegó de la cocina. Era la voz de una mujer aterrorizada. Larry estuvo seguro que se trataba de la señora Prentiss.

Echó a correr, mientras Watts alzaba los ojos, sobresaltado, advirtiéndole que no había estado solo mientras hablaba. Larry Shatner corrió a la cocina, penetrando en ella como un alud, tras empujar la puerta con sus fuertes hombros.

La escena que apareció ante él fue realmente terrible.

La señora Prentiss estaba a punto de desmayarse. La bolsa del supermercado yacía a sus pies, con los artículos dispersos. Frente a ella, en la despensa, cuya puerta acababa de abrir sin duda, se veía oscilar el cuerpo humano, colgado de la soga que pendía de un anillo en el techo.

Nancy Barnes se había ahorcado. Su rostro amoratado, su cuello hinchado, en el que la cuerda mordía profundamente, reflejaban ya su estado letal, sin que nadie pudiera hacer nada por evitar lo irremediable.

Larry llegó a tiempo de recoger a su patrona en brazos, llevándola rápidamente a una silla, donde la depositó con cuidado y ternura. Después, fue hasta donde colgaba la infortunada Nancy Buscó su corazón y su carótida, encaramándose en la banqueta que yacía a sus pies, tras ponerla de nuevo en posición normal.

No había palpitaciones ni aliento. Era un cadáver.

Sus ojos se detuvieron en el papel manuscrito que aparecía colocando cuidadosamente en una mesa, junto a un azucarero. Leyó rápidamente las líneas escritas en él:

«A quien pueda interesar:

»Han vuelto a llamar. La misma voz que todos mencionan. Ronca y asmática. Me ha dicho cosas horribles. Tiene las señas de mis padres. Va a informarles de todo lo mío.

»No puedo soportarlo. No tengo fuerzas. Es mejor terminar de una vez. Adiós, señora Prentiss. Gracias por todo. Pero esto es preferible a afrontar algo que me aterra. La muerte será más piadosa conmigo. Que Dios me perdone.

—Pobre chica... —musitó Larry, trémulo—. Dios mío, pobre chica... No sólo puso fin a su vida, sino también a la de su propio hijo en gestación. Que la perdone Dios, ciertamente. Pero el culpable real de todo esto es ese infame, ese cobarde... Es como si la hubiera asesinado. Igual, exactamente igual... Y él no tiene perdón posible...

Capítulo V

UNA vez más, iban a ganarle la batalla al *Post*. Pero Shatner no se sentía feliz al examinar los titulares recién impresos, todavía con olor a tinta fresca, orlados de negro, aunque con letras rojas:

EL SUSURRADOR ANONIMO DEL TELEFONO
SE COBRA SU PRIMERA VICTIMA. UNA MUJER
JOVEN SE SUICIDA, ACOSADA POR LA COBARDE
VOZ SIN NOMBRE.

¿HASTA CUANDO VA A PERMITIRSE ESTO? EL
JOURNAL RECUERDA SU RECOMPENSA OFRECIDA
POR EL DESCUBRIMIENTO DE UN DEMENTE QUE,
DESDE AHORA, ES TAMBIEN UN ASESINO EN
POTENCIA.

Seguían detalles escalofriantes sobre el hallazgo de Nancy Barnes en la cocina de la señora Prentiss. Un relato vivido por el propio reportero, Larry Shatner. Pero el indudable éxito periodístico que el suceso significaría al amanecer, dejaba frío al joven periodista. Sabía que era como cantar victoria sobre una fosa. Como pasear un cadáver triunfalmente. El horror seguía aún aferrado a él, helando su corazón y sus ideas.

—Muchacho, nadie puede hacer nada ya por esa pobre chica —le recordó Pernell, tendiéndole su frasco-petaca—. Bebe, por favor. Creo que hoy te hace falta.

Larry asintió. Tomó un trago largo. Se sintió mejor, pero no demasiado. Miró tristemente a su jefe.

—Es como si él mismo la hubiera puesto la cuerda al cuello —jadeó—. No tiene perdón. No lo tiene. No es sólo un psicópata sucio y degenerado. Es un criminal potencialmente en activo, Pernell. Aún puede provocar más tragedias, más sangre...

—No somos la policía, Shatner. El *sheriff* Arden y sus hombres se ocuparán de eso. Nosotros sólo podemos exigir acción, eficacia y todo eso. En otras circunstancias, este nuevo éxito sobre el *Post* me hubiera enloquecido de alegría. Ahora... me siento mal, muchacho. Muy mal, aunque agotemos la edición ampliada...

Sonó el teléfono. Con apatía, Shatner descolgó. Escuchó, pensativo.

—Sí, es el *Journal* —dijo—. Sí, está aquí... Es para ti, muchacho.

Larry tomó el teléfono.

—Empiezo a hacerme famoso, ¿eh? —comentó amargamente. Y ya al aparato, añadió—: ¿Qué desea? Soy Larry Shatner, del *Journal*.

—Escucha, cerdo —sonó una voz ronca, susurrante, que parecía jadear con tono asmático—. Soy yo...

—¿Eh? —Larry se puso rígido—. Maldito cobarde asqueroso... ¡Usted!

—Parecer muy furioso, ¿eh? —rió la voz sarcásticamente—. ¿Tanto te duele la muerte de una furcia barata?

—¡Canalla! —palideció Larry, mientras Pernell le contemplaba absorto, entendiendo fácilmente quién era el comunicante—. Si le tuviera entre mis manos, maldito bastardo loco...

—Pero distas mucho de tal cosa, imbécil —le espoleó la voz anónima—. Imagino fácilmente tu escrito mañana... Será como perder fuerza golpeándote contra un muro. Nunca ninguno de vosotros dará conmigo. Nunca, pobre chupatintas... Me río de ti y de todos los que, como tú, andan buscándome para ganarse ese puñado de monedas. Sois tan desgraciados, tan inútiles todos... Ten cuidado, Shatner. Ten mucho cuidado. Si te enfrentas a mí puedo hacerte mucho daño, pobre idiota vagabundo...

Y con una carcajada agria, colgó el aparato. Temblando de ira, Larry se puso en pie de un salto y paseó furioso por la redacción. Los Dekker, padre e hijo, le miraron en silencio, mientras preparaban los paquetes de ejemplares. Pernell le siguió con sombría expresión, imaginando su estado de ánimo.

—Ese odioso ser... Esa maldita voz... —jadeó Larry—. Es la primera vez que la oigo y me produce náuseas y horror. La maldad anida en ella. Es... es como la voz misma de la insidia y la perversidad. Ese horrible ser es capaz de todo, incluso de provocar tragedia tras tragedia en esta ciudad, sin que nadie pueda evitarlo...

Y en su impotente rabia, se quedó parado ante las vidrieras del periódico, asomadas a la calle nevada, mientras los blancos copos caían incesantemente, como papelillos blancos flotando en la noche fría y oscura.

En algunas casas, se veían ya luces navideñas en las ventanas, o se intuían los árboles de Noel. Y en tan hermosas, limpias y maravillosas fechas, una rata hedionda, un cobarde de sentimientos indignos, vertía el odio, el miedo y la muerte, convirtiendo a una comunidad apacible y tranquila en un mundo sacudido por el terror.

—Larry, cuando preguntaron por ti en el teléfono... era una voz

de mujer quien lo hizo —le comentó de repente Avery J. Pernell.

* * *

—Sí, señor Shatner. Soy telefonista del turno de noche de este hotel —dijo la joven.

—¿Y bien? ¿Por qué me ha llamado?

—Porque alguien le llamó a usted anteriormente a la redacción del *Journal*. Supongo que se trata del mismo Larry Shatner que escribe los artículos del *Journal*...

—Sí, claro. El mismo. ¿Dice que llamaron desde aquí a mi periódico, preguntando por mí?

—Eso es.

—¿Algún huésped del hotel, sin duda? —la pregunta de Larry era esperanzada, confiando en que la joven telefonista del hotel Maine pudiera darle una pista definitiva sobre la identidad de aquel siniestro comunicante.

—No podría asegurárselo. La llamada procedía inicialmente del vestíbulo.

—¿Quiere explicarme eso, por favor, señorita...?

—Lee. Betsy Lee —explicó ella con una leve sonrisa. Luego asintió —: Es muy fácil, señor Shatner. Todos los teléfonos del hotel pasan, necesariamente, por esta centralita, incluidos los de las cabinas públicas del vestíbulo. Estos son los que corresponden a tales líneas.

Mostró en su tablero unos determinados números para las clavijas. Larry asintió.

—Desde uno de ellos, me pidieron comunicación con Larry Shatner, del *Journal*, y yo busqué en esa lista de números locales, para dar con su número y establecer la comunicación. Luego, desconecté, sin enterarme ya de nada, tras oír a alguien que se ponía al teléfono, para pasárselo a usted.

—De modo que no oyó la conversación.

—No, no acostumbro a hacerlo. No es honesto, compéndalo.

—Lástima... Comprendo muy bien sus escrúpulos, pero de haber captado esa llamada en su auténtico sentido, posiblemente usted se hubiera fijado en el comunicante del vestíbulo y hubiera llamado a la policía. —Señaló una ventanilla acristalada, frente a la centralita—. Advierto que desde aquí se domina gran parte del vestíbulo del hotel, señorita Lee.

—Sí, eso es cierto. Por desgracia, no se me pasó la idea por la mente. Sin embargo, terminada la comunicación, cuando vi que el teléfono quedaba libre, me asaltó una repentina idea, tal vez porque tenía frente a mí, sobre esa mesa, un ejemplar del *Journal* con los

titulares de esa recompensa. Pregunté a recepción si sabían quién llamó desde el vestíbulo poco antes, y me dijeron que no habían advertido a nadie del hotel, ya fuese empleado o huésped. Me resultó raro que a tales horas llamase desde aquí un extraño ajeno al establecimiento, y por si acaso, volví a llamar yo a la redacción, pidiendo por usted. Entonces me enteré de lo que había sucedido exactamente.

—Bien, señorita Lee. Se ha portado magníficamente. Su sentido de la deducción funcionó, aunque es lástima que no haya dado frutos. Sin duda, alguien entró en el hotel, ocupó una cabina telefónica, e hizo la llamada a través de su centralita, marchándose después. Es lamentable que ningún empleado se fijara en él, pero imagino que a estas horas de la madrugada, pocos deben ser los de servicio.

—Solamente el conserje de noche y un botones de servicio —explicó la joven, dominando un bostezo. Miró su reloj de pulsera—. Yo termino mi servicio a las diez, y me suple la telefonista de día.

—¿Siempre hace el servicio nocturno, señorita Lee?

—No, no siempre. Nos turnamos cada semana, de forma rotativa, las tres telefonistas de servicio, cubrimos la noche, la mañana y la tarde respectivamente. Esta vez me tocó la noche a mí. No sabe cómo lamento no haberle podido ser de más ayuda.

—Yo también. No sólo por localizar de una vez a ese malvado, sino porque ello hubiera significado mil dólares para usted.

—Bueno, una no puede alcanzar fácilmente cosas así —se consoló la joven, sonriendo dulcemente—. Si al menos le hubiera sido de alguna ayuda...

—Lo ha sido, no lo dude. Por primera vez desde que ese individuo hace sus cobardes llamadas, estamos a punto de darle alcance. Eso ya es algo. Me hace confiar en que cometerá al fin otro error y terminará cayendo en su propia trampa.

—Espero que sea así, por el bien de todos. Resulta horrible imaginarse a alguien capaz de verter tales infamias por teléfono, sin dar la cara, y causando problemas a los demás.

—¿Problemas? No sólo eso, señorita Lee —dijo Larry sombríamente—. Esta misma noche una joven en apuros se suicidó por culpa de esas llamadas, ahorcándose en la casa donde trabajaba...

—¡Dios mío! —la muchacha de la centralita telefónica palideció intensamente, bajando los ojos con expresión de horror—. No es posible...

—Lo es, señorita Lee. Ese hombre ha hecho algo más que verter veneno en los oídos de la gente: he causado ya una muerte, y tal vez no sea la primera... Podrá leer la noticia en la próxima edición del *Journal*, que ya debe estar saliendo a la calle... Gracias de todos

modos. Si llegase a saber algún otro detalle, hágamelo saber, por favor. Ya sabe dónde me tiene en las horas de trabajo. El resto del día, puede encontrarme en la casa de huéspedes de la señora Prentiss o en el bar de McGregor.

—Lo tendré en cuenta, aunque imagino que no volveré a tener la oportunidad de sorprender al autor de esas llamadas en plena acción. Ha sido usted muy amable, señor Shatner.

—Es usted quien lo fue en todo momento. Hasta siempre.

—Adiós, señor Shatner.

Abandonó el hotel con gesto ensombrecido, tras comprobar que las tres cabinas de teléfono público en el vestíbulo del hotel, quedaban algo desviadas del mostrador de recepción, tras una columna, y sólo una persona interesada en vigilar esos teléfonos, hubiera podido observar al anónimo comunicante en su tarea.

Con un suspiro de decepción, sepultó sus pies en la blanda nieve matinal, observando el cielo encapotado y los débiles copos de nieve que todavía flotaban en el aire frío. Desde la puerta de unos almacenes, un obeso Papá Noel de guardarropía hacía sonar su campana, anunciando la campaña de regalos navideños y de juguetes. En algunas puertas, el muérdago colgaba ya, invitador, como símbolo de la Navidad.

Pensó en la pobre Nancy Barnes, que ya no celebraría nunca la Navidad, y un odio intenso le invadió, dirigido hacia aquel ser sin nombre, aquella voz susurrante y maligna que vertía la insidia en los oídos humanos, precisamente en vísperas de tan hermosas fechas.

Se detuvo ante unos puestos de periódicos, comprobando sin entusiasmo que el éxito del nuevo *Journal* continuaba en auge, y sobraban pilas enteras del llamativo *Post*, con sus páginas a color, ante el impacto sensacionalista de las noticias y titulares del *Journal*.

—Buenos días, señor Shatner. ¿Regocijándose en su victoria momentánea tal vez?

Larry se volvió, sorprendido. Encontróse con un hombre joven, delgado y ágil, sentado al volante de un coche aparcado junto a la acera. Sobre el parabrisas, un adhesivo con la palabra «Press», le hizo comprender que se trataba de un rival.

—Ni siquiera pensaba en ello —se encogió de hombros Larry—. Hay victorias que disgustan. Esta es una de ellas.

—No me diga... —rió el otro sarcásticamente, mirándole burlón—. Ya ve cómo se vende su periódico, Shatner, mientras el nuestro se queda por primera vez en los puestos de venta... A la gente le gusta la bazofia, de eso no hay duda. Incluso en periodismo, claro está.

Larry miró fríamente al agresivo individuo. Le preguntó con acritud:

—¿Quién diablos es usted, exactamente? ¿Alvin Carpenter o Clint Slatery?

—El segundo. Soy Slatery, su antagonista en esta guerra, Shatner. Admito nuestra momentánea derrota, pero creo que las armas usadas no son nobles ni honestas. Ustedes apelan a las más viles cuerdas de la sensibilidad humana, y gracias a eso venden su triste periódico. ¿Eso le enorgullece?

—Mi trabajo es hacer que ese periódico se venda. No empleo armas indignas, Slatery. Y usted lo sabe. Me limité a utilizar el material que tengo.

—Ha sido muy oportuno en salir a la luz ese asunto del anónimo comunicante, para los intereses de Pernell y suyos, ¿eh, Shatner?

—Ya le dije que hay triunfos que amargan. No me gusta ese tema, pero es actual y existe. Hay que explicarle a la gente lo que ocurre en su propia ciudad. Aunque sea algo tan repugnante y cobarde como esto.

—He llegado a preguntarme si no será algo más que una casualidad que coincida ello con el auge de su periódico...

—¿Qué quiere decir, Slatery? —el tono de Larry se hizo acerado, áspero.

—Bueno, ya me entiende. Cuando no se tiene medio alguno de vencer al contrario en buena lid, se puede recurrir a lo más bajo. Incluso a inventarse una historia... aunque, ese feo invento llegue a costar vidas humanas, como ocurrió anoche...

La insinuación era tan clara como indignante. Larry no soportó más. Slatery estaba poniendo en marcha su coche ya, pero no pudo evitar la acción del joven periodista. Este abrió la portezuela de golpe, aferró a Clint Slatery por el cuello y tiró de él, arrancándolo de su asiento y haciéndola rodar por la nieve, mientras el coche en marcha se iba rodando, hasta empotrarse en un muñeco de nieve, derribándolo y desviándose hasta chocar con una farola.

Larry, sujetando férreamente a Slatery, que forcejeaba en el aire, pugnando por desasirse de sus manos, le zarandeó, a la vista de todos, en plena calle, y le acusó con voz potente y dura:

—¡Escuche, Slatery, sucia rata! ¡Es usted tan vil y repugnante como el tipo que llama por teléfono! Debería romperle esa cara de niño mal educado que tiene pero me da lástima, porque ni siquiera es usted lo bastante hombre como para merecer mi atención. Crúcese otra vez conmigo con insultos y con insinuaciones semejantes, y lo pasará mucho peor, cerdo.

Sin miramiento alguno, lo arrojó contra la nieve, viéndole rodar por ella, patinando y golpeándose en un contador de aparcamiento, ante el regocijo de los presentes.

—¡Duro con él, Shatner! —le animó un comprador del *Journal*, con este periódico totalmente desplegado en sus manos—. ¡Déle otra lección como la de su periódico a ese petimetre estúpido y engreído!

Nuevas risas acogieron el comentario del hombre. Larry Shatner les sonrió a todos, se sacudió las manos, y mirando despectivo al caído, se alejó con paso firme, de regreso a la pensión.

* * *

—Lo siento, señor Shatner. El *sheriff* Arden quiere verle abajo...

Larry se desperezó pesadamente, mirando con ojos somnolientos a la señora Prentiss que acababa de llamar a su puerta, entrando después al responder él afirmativamente.

—Gracias, señora —dijo, viendo en su reloj que eran sólo las once de la mañana—. No es muy buena hora para levantarme, después de la tarea nocturna, pero si insiste...

—Sí, insiste y mucho —asintió ella con un suspiro. Ya le dije que usted dormía, tras más de doce horas de trabajo duro, pero trae cara de pocos amigos. Además, no sólo ha venido por usted. El alcalde Yates está investigando lo ocurrido con Nancy, por si procede cerrar mi pensión por asuntos deshonestos.

—¿Así son en esta ciudad? —gruñó Larry, despejándose—. ¿Tan moralistas todos?

—El alcalde Yates y el *sheriff* Arden, desde luego. No le extrañe que terminen clausurando esta casa si logran probar que la infortunada Nancy tuvo algo que ver con un huésped...

—¿Y... usted cree que fue así? —Larry la miró fijamente, con expresión benévola.

—Dios me perdone, pero estoy casi segura. Así lo dijo la voz maldita al teléfono. Se lo dije a Nancy, y ella ni siquiera lo negó. Sí, creo que tuvo algo que ver con uno de la casa... aunque no sepa con quién.

—Pero debe imaginarlo; seguro —suspiró Shatner.

—Claro —ella le miró antes de salir—. Y usted también, ¿verdad?

Cerró suavemente. Larry saltó del lecho para vestirse. Sí, él también imaginaba quién pudo ser, entre los actuales huéspedes. Sidney Watts, el jubilado, era demasiado viejo. Shelby Cornell, el actor, parecía un maduro que vivía inmerso en sus asuntos profesionales y su trabajo en la academia local. Quedaba el más joven y atractivo: Jonathan Clark. El hombre fuerte, viril... El mismo a quien viera telefoneando a alguien en plena calle, en una cabina pública...

Bajó al vestíbulo. En él esperaba el *sheriff* Ralph Arden, con cara

de pocos amigos. Se incorporó al verle bajar. Su mirada era fría como el hielo.

—Hay una denuncia contra usted por agresión, insulto y malos tratos —le espetó sin rodeos.

—Imagino de quién. ¿Se ha molestado en venir para eso? —sonrió Shatner.

—Me he molestado para algo más. No me gustan las cosas que están ocurriendo en esta pensión últimamente. Y no me gusta su actitud en esta ciudad que no es la suya, Shatner. Acompáñeme, ¿quiere?

—¿Acompañarle? ¿Adónde? —preguntó Larry hoscamente.

—A mi oficina.

—No tengo porque hacerlo, *sheriff*, a menos que esté arrestado, usted lo sabe.

—Es que *está* arrestado —silabeó Arden con acritud—. ¿Alguna objeción?

—Muchas. Es un atropello. No he cometido delito alguno, usted lo sabe.

—Eso se lo cuenta al juez. Busque un abogado para ello, porque voy a encerrarlo.

—¿Bajo qué acusación?

—Basta la denuncia de un ciudadano como Clint Slatery Las alteraciones del orden están muy castigadas en Waterville. El juez Lumet es muy severo con los escandalosos y los camorristas, Shatner.

—Muy bien —Larry endureció su expresión—. Adelante con esto si quiere, *sheriff* Arden. Pero luego no se lamente a nadie, cuando el *Journal* le dedique mañana los titulares de primera plana a la forma en que se ejerce la ley en esta ciudad...

Dignamente, echó a andar ante Arden, y salió al exterior. La señora Prentiss, desde la puerta del comedor, asistió, sombría y desolada, al arresto de Larry Shatner.

Capítulo VI

EL CULPABLE DE UNA MUERTE TRAGICA, EN
LIBERTAD ABSOLUTA. NUESTRO REDACTOR
LARRY SHATNER, ARRESTADO POR LA LEY
LOCAL. ¿ES ASI COMO SE PROTEGE AL
CIUDADANO DE WATERVILLE?

EL alcalde Yates y el elegante Alvin Carpenter, propietario y director del *Post*, bajo la protección financiera del banquero Treadwell, arrugaron su ceño, clavando los ojos en el tranquilo Larry Shatner, tras arrojar ante él, sobre la mesa de la oficina de Arden el ejemplar recién salido a la calle de la edición extra del *Journal*.

—¿Cree que eso va a beneficiarle de alguna forma, Shatner? —el tono del alcalde local Frank Yates era duro y casi agresivo al preguntarle.

—Me tiene sin cuidado lo que me beneficie o no a mi persona, señor Yates —dijo Larry con completa tranquilidad—. Es el pueblo el que importa, al que todos debemos servir, sea la Prensa o sea el Ayuntamiento, la ley o la justicia.

—Ese titular es obra suya, estoy seguro —silabeó Carpenter, golpeando el periódico.

—¿Mía? —rió Larry burlón—. ¿No recuerda que estoy arrestado en una celda de este edificio desde esta misma mañana?

—Claro que lo recuerdo. Pero también sé que le ha visitado el abogado del *Journal*.

—Eso entra dentro de mis derechos, ¿no es cierto?

—Le debió dictar el titular para que lo transmitiera a Pernell y éste lanzase el ejemplar especial a la calle. Puede hacer mucho daño a la convivencia de esta ciudad una campaña agresiva como la suya, Shatner. Usted es un advenedizo, un vagabundo que ha venido a medrar aquí a costa nuestra.

—Alcalde, escuchando a su amigo el señor Carpenter, uno cree estar oyendo al propio comunicante anónimo. Me dijo casi las mismas palabras la otra noche.

—¡Ya está ofendiendo! —aulló Carpenter, furioso—. ¡Usted es testigo, alcalde, de que Shatner me ha comparado con ese individuo

tarado que hace llamadas insidiosas!

—Pues hay muchos más testigos en plena calle que oyeron a su redactor, el señor Slatery, acusarnos a mí y al *Journal* de inventarnos al tipo del teléfono. Por eso le agredí. El *Journal* va a pedir públicamente a esos testigos que declaren lo que oyeron en su edición de mañana. De modo que elijan: si sigo aquí dentro, el *Post* y Slatery van a tener que enfrentarse a muchos testigos espontáneos que acusen a su vez al denunciante de algo grave. ¿Creen que están obrando todos cuerdamente intentando culparme a mí de lo que sucede en esta ciudad? ¿Es que usted, señor Yates, también protege al *Post* por encima de todo?

—¡Yo protejo a mi ciudad, Shatner, y eso es lo que trato de hacer. Era una ciudad tranquila y amistosa hasta que usted llegó con sus nuevas técnicas periodísticas...

—No, señor Yates. Era la misma ciudad que un sádico está desnudando ahora implacablemente. Bajo su piel de de—cencia, ocultaba ya cosas como las que salen ahora a la luz: matrimonios mal avenidos, adulterios, homosexualidad, ninfomanías, jóvenes embarazadas que ignoran quién es el padre de lo que va a nacer... Waterville no se diferencia en eso de ninguna otra ciudad. Sólo faltaba que alguien lo mostrara en público, como está sucediendo. Y si no detienen a ese loco, cualquier día puede ocurrir un desastre. Tengo ciertas confidencias sobre la denuncia de un médico local que notó que su archivo de fichas clínicas confidenciales fue manipulado y violentado...

—¿Quién pudo informarle de semejante cosa? —se enfureció el alcalde.

—Eso no importa. Siempre hay filtraciones, rumores, indiscreciones. Si eso es cierto, y creo que lo es, muchos secretos graves pueden salir a la luz pública, como abortos, dolencias venéreas, tratamientos secretos y embarazos más o menos ocultos. En suma, eso puede ser dinamita, si alguien pone la mecha y la chispa precisa. ¿No van a hacer nada para evitarlo, salvo encarcelar a un periodista por ser demasiado sincero?

—Escuche, Shatner. Estoy dispuesto a que Slatery retire su denuncia y a que el juez Lumet sea piadoso con usted, a cambio de que deje esa maldita campaña contra las autoridades locales —jadeó Carpenter—. El alcalde Yates está de acuerdo conmigo en ello, por eso queríamos conversar con usted ahora.

—No hay trato. Escribiré lo que juzgue honesto, caiga quien caiga —cortó Larry fríamente—. Mañana he de comparecer ante el juez Lumet. Por duro que sea, entenderá que mis intenciones son honestas. No creo que me encarcele. Y si salgo bajo fianza, Waterville va a temblar con mis artículos. Recuerden que puede ser Slatery quien

resulte acusado por la gente que le oyó insultarme gravemente...

Yates cortó con voz áspera, apoyando una mano en el brazo de Carpenter:

—Está bien. Hay que buscar una buena solución. Slatery retirará ahora mismo su denuncia, Carpenter. Yo hablaré con el juez Lumet dentro de unos minutos. Y espero que todo se solucione de una manera amistosa. Eso será mejor que otro escándalo público contra el *Post* y contra nosotros mismos.

—De acuerdo, Yates —suspiró Carpenter, irritado, mirando furiosamente al sonriente Shatner—. Pero si este forastero piensa abusar de nuestra paciencia, yo...

—Usted no hará nada, Carpenter —le replicó el alcalde—. Ni nadie lo hará, mientras Shatner no delinca en sus artículos. Asunto resuelto. Buenas tardes, Shatner. Y trate de ser más amistoso con los demás.

—Lo intentaré, cuando los demás lo sean conmigo, alcalde. Lo único que pienso hacer es seguir acosando a ese loco que telefonea a la gente. Creo que eso nadie puede impedírmelo.

—No sólo eso —dijo Yates con gesto preocupado, moviendo negativamente su cabeza—. Deseo que su campaña tenga éxito y ese maníaco termine por desenmascararse de una vez por todas...

Larry no dijo nada. Se limitó a quedarse mirando a los prohombres locales que, tras hablar en voz baja con Arden, se ausentarme. El *sheriff* miró ceñudo a Shatner, una vez solos los dos en la oficina.

—Usted tiene mucha suerte, Shatner —dijo desabridamente—. Pero no abuse de ella. La próxima vez puede ser peor. Quédese sentado por ahí hasta que llegue la orden de libertad del juez Lumet. No le encarcelaré de nuevo, en atención a que va a ser liberado en breve.

—Muy amable, Arden —dijo sarcásticamente Larry, retrepándose en su asiento con un bostezo—. Lo recordaré cuando tenga que atacar nuevamente en el periódico a la ley local...

Arden dijo algo entre dientes, malhumorado, y se fue a una mesa del fondo, poniéndose a aporrear una máquina de escribir.

—¿Preocupado por algo, Shatner?

—Preocupado por muchas cosas, McGregor —suspiró el joven, apurando su vaso de excelente *scotch*. Luego aprobó, con un chasquido de lengua—: No le faltó razón. Tiene el mejor whisky escocés de toda la costa atlántica, amigo.

—Se lo dije. Es algo que siempre he procurado: tener lo mejor de mi tierra. ¿De veras le han soltado sin cargos?

—Sin ningún cargo —sonrió Larry—. Se asustaron ante los ataques del *Journal*. Y decidieron dar marcha atrás.

—Usted ha venido a ser un buen revulsivo en esta ciudad, amigo —rió McGregor, poniéndole otro whisky en el vaso—. Beba. Esta vez invita la casa.

—¿Quién dijo que los escoceses son tacaños? —bromeó Larry. Luego, más serio, añadió—: No, McGregor. Yo no he venido a cambiar nada. Si acaso, he tenido la circunstancia de encontrarme una ciudad convulsionada por la voz de un maníaco perverso, eso es todo. La gente está confusa, amedrentada o irritada. Es un estado de cosas que no puede durar. En cualquier momento puede dar un estallido, lo presiento.

—Dios no lo quiera —el cantinero miró de soslayo hacia una joven pareja de muchachos que jugaba a las máquinas electrónicas—. Al que no he visto hoy en todo el día por aquí es a Todd Murray. Es raro, porque últimamente venía día tras día, a beber más de la cuenta. Tal vez haya reflexionado que eso no conducía a ninguna parte.

—¿Qué ocurrió con Murray, exactamente? El mencionó la otra noche a su esposa... y lo que el tipo del teléfono le dijo de ella...

—Selena Murray... —afirmó McGregor pensativo—. Toda una dama. Elegante, digna... No puede ser cierto que tenga un amante. Ese maldito canalla debe inventarse cosas para dañar a la gente...

—Hasta ahora, no se inventó nada. Por desgracia, todas sus insidias son ciertas, de ahí su infinita peligrosidad...

—Pues no puedo creer que Selena Murray engañe a su esposo. Son una pareja bien avenida, sin problemas, de la mejor condición social y económica en Waterville... No, no puedo admitirlo, Shatner, la verdad.

—Tal vez en este caso todo sea falso, no sé... —Larry se encogió de hombros, saboreando el *scotch*—. Pero lo cierto es que de un modo u otro, a la gente se la ve asustada, inquieta, temiendo siempre que esa maldita voz anónima surja de la oscuridad, para revelar sus posibles lacras internas...

En ese momento, la puerta de la cantina se abrió. Entró alguien. McGregor reveló su extrañeza.

—Vaya, una mujer... No es frecuente que visiten mi local las demás... y menos si son jóvenes y bonitas... ¿No se ha equivocado quizá, jovencita?

—No, no —negó una voz femenina, suave y cálida—. Si usted es McGregor, creo que no. Busco a un cliente suyo. Me dijeron en su pensión que lo hallaría aquí... Un tal Larry Shatner...

Larry, sorprendido, giró la cabeza. Los jóvenes de las máquinas electrónicas habían dejado de jugar para examinar aprobadoramente

sus piernas y su trasero.

—¡Señorita Lee! —Larry se incorporó, al reconocer a la joven telefonista del hotel Maine—. ¿Qué hace usted por aquí?

—Le estaba buscando porque... porque tengo algo que contarle, señor Shatner... —la muchacha miró en torno, un poco cohibida, sin duda, por haberse metido en un local expendedor de bebidas alcohólicas.

—Bien, siéntese aquí, por favor, si no le importa. McGregor tiene también una cerveza muy suave que no puede hacerle daño...

—Bien, gracias. Acepto su invitación —sonrió la joven, acomodándose frente a él en la mesa—. Dirá que soy una muchacha muy decidida y audaz...

Larry la estudió. Sin el uniforme de telefonista, resultaba mucho más atractiva. Jovencísima, esbelta, de bellas formas, su atractivo mayor estaba en su rostro de facciones suaves, labios gordezuelos, vivaces ojos color ámbar y cabellos de un sedoso tono caoba.

—Lo único que yo puedo decir es que es una joven muy atractiva, señorita Lee —ponderó él con gesto completamente risueño.

—Oh, logrará que me ruborice —manifestó ella y, ciertamente, un leve carmín asomó rápido a sus mejillas. McGregor, sonriente, puso ante ella una copa con cerveza—. Verá, señor Shatner, yo... he pensado que debía saber esto antes que nadie...

—Adelante. ¿De qué se trata? ¿Algo relacionado con... con el hombre del teléfono?

—Sí —los ojos de ella chispearon vivaces—. Algo tal vez decisivo.

—¿De veras?

—El botones de noche habló conmigo. Cree haberle identificado.

—¡No es posible! —se asombró Larry, mirándola con esperanzada expectación.

—Yo no podría jurarlo, pero él me manifestó que tiene ciertas dudas, aunque cree estar en lo cierto. Sólo que no se atreve a ir a la policía o a su periódico a por la recompensa. Si sufre un error, sabe que podría ser fatal para alguien.

—¿Se trata de alguna persona muy conocida en Waterville?

—Sólo en cierto modo —suspiró ella—. Se trata de un joven que trabaja de conserje y vigilante de noche en un edificio situado frente al hotel: el edificio donde el doctor Gerard tiene su consulta.

—El doctor Gerard... —Larry repitió el nombre—. ¿Quién es él?

—Se llama Angus Granger. Es un joven algo raro. No sé si anormal, pero sí bastante extraño en su comportamiento. Huidizo, huraño, agresivo a veces, afable otras... Muchas personas le conocemos y apreciamos, pero no le entendemos bien. Quizá su cabeza no funcione demasiado bien, después de todo.

—Una persona así, *podría* ser el hombre que buscamos. Pero, como dice el botones que creyó identificarle, es difícil acusarle de forma directa y decisiva sin seguridad absoluta... Creo que hizo bien en venir a verme. Intentaré hablar con ese muchacho, estudiar su comportamiento... Si resultase cierta esa sospecha, usted y el botones del hotel podrían compartir esa recompensa, sin duda alguna, y...

El teléfono del bar había sonado. McGregor le avisó, junto al mostrador:

—Shatner, es para usted. Parece urgente. Diría que es la voz de Todd Murray la que llama, pero no estoy—seguro, claro...

Larry se disculpó con la joven telefonista, y fue rápidamente al aparato descolgado. Interpeló, con voz tensa, como siempre que atendía ahora el teléfono:

—Aquí Shatner. ¿Quién llama?

—Shatner, Dios sea loado... —jadeó la voz al otro extremo del hilo. Una voz entrecortada, insegura, llena de angustia. No la *otra* voz ronca, susurrante y siniestra—. Soy yo, Todd Murray...

—¿Qué le pasa? ¿Por qué me llama a mí? McGregor dijo que era urgente...

—Lo es, Shatner. Asunto de vida o muerte... Ha ocurrido algo terrible. ¿Quiere venir a mi casa ahora mismo, sin decir nada a nadie?

—¿A... su casa? ¿Por qué motivo?

—Lo sabrá cuando venga'. Es algo que no se puede hablar por teléfono. Se lo ruego, Shatner. No deje de venir lo antes posible... Es vital para mí... No hable a nadie de esta llamada, por el amor de Dios. Venga enseguida... Le espero. Vivo en Avenida de los Olmos 136... No tiene pérdida. Una casa de ladrillo rojo con tejado gris de pizarra y cerca verde manzana con setos... ¡No falte, se lo suplico!

Y colgó. Larry se quedó pensativo, con el rostro ensombrecido. Pagó a McGregor, y se acercó a la joven.

—Si no quiere quedarse sola, venga conmigo —murmuró—. Tengo que ir a cierto lugar sin pérdida de tiempo. Acompañeme, se lo ruego. Después la llevaré a su casa o donde sea. Tengo ahí fuera mi viejo coche...

Sin haber probado siquiera la cerveza, Betsy Lee asintió, siguiendo a Larry con toda rapidez hacia fuera del establecimiento.

* * *

Aquél era el edificio. Larry bajó de su coche, mirando a Betsy Lee.

—Creo que debería quedarse aquí de momento —indicó—. Mi comunicante parecía algo excitado. Es posible que sea algo confidencial, no sé...

Betsy Lee se encogió de hombros, aunque mirando con cierta aprensión en torno suyo, a la calle desierta, nevada, en la que las luces de alumbrado callejero ponían halos de claridad fantasmal de trecho en trecho, reflejándose en el blanco elemento acumulado en las vacías aceras.

—Si lo prefiere... —murmuró, con un leve estremecimiento, no supo Larry si de frío o de temor a algo indefinible—. Pero esta ciudad empieza a asustarme...

—Creo que la entiendo bien —suspiró Larry mirando en torno, a las zonas de sombra de la calle—. Es como si un asesino anduviera suelto. El dueño de esa voz maligna no ha matado todavía a nadie, pero puede hacerlo en cualquier momento, como ya obligó a un suicidio... Venga, acompáñeme. Después de todo, no creo que su presencia disguste a mi comunicante de esta noche...

—Gracias —susurró ella, apresurándose a bajar del coche y seguirle hacia la valla verde manzana del número 136 de la Avenida de los Olmos—. Me sentiré mejor a su lado, señor

Shatner...

Se detuvo éste ante la puerta de la valla. Cedió al empujarla, y se internaron por un sendero de grava, hasta alcanzar los escalones de acceso al porche de la vivienda de los Murray Larry pulsó el timbre de la entrada, esperando junto a la joven telefonista. Un aire helado barría la calle, hiriendo con agujas de hielo sus rostros.

Abrióse la puerta. Un Todd Murray tremendamente pálido y demudado les contempló desde el umbral. Temblaban sus manos, tenía los ojos dilatados, el cabello desordenado... y Larry, con horror, captó manchas de sangre en su camisa y pantalón.

—Señor Murray... —jadeó—. ¿Qué sucede?

—Dios mío, Shatner... Ha venido... —murmuró el dueño de la casa roncamente. Luego miró a la joven, con expresión entre perpleja y desconfiada—. ¿Y ella... quién es...?

—Una amiga. Estaba conmigo cuando me llamó. No podía dejarla sola en plena noche, lo siento. Pero si quiere, nos vamos los dos...

—No, no, por lo que más quiera —su mano aferró el brazo de Larry Este notó que sus temblores eran violentos, espasmódicos—. Entren... Entren los dos... Pero será mejor que ella... no lo vea.

—No vea, ¿qué? —demandó Larry con energía, pisando el vestíbulo de la casa.

—Todo... todo lo ocurrido... Es... es en el *living*... Entre usted, Shatner, se lo ruego... Que ella espere... aquí mismo. Será lo mejor... Oh, Dios, Dios... todo esto es tan terrible... ¿Cómo pudo... suceder?

Larry no dijo nada. Sombrío, siguió a Murray camino de la puerta del *living*. Este la empujó lentamente. Le hizo entrar, y se interpuso

para que ella no viese nada de lo que había allí dentro.

Una exclamación de profundo horror escapó de labios de Shatner, cuando se enfrentó al horror de aquella habitación cerrada, en toda su espantosa dimensión. Con un escalofrío, se apoyó en un mueble, tambaleante. Notó que el color y la sangre huían de su cara.

—¡Cielos, Murray! ¿Qué... qué significa *esto*? —su voz era apenas un murmullo roto, cuajado de espanto.

—Ya lo ve... —sollozó Todd Murray, cayendo de bruces sobre una repisa, para llorar allí ahogadamente, con el rostro cubierto por ambas manos—. Ya lo ve... Era ella... mi mujer... Selena...

Larry Shatner contempló a la mujer de serena belleza y elegantes ropas, tendida al pie de un sofá. Las ropas aparecían revueltas, ensangrentadas, dejando ver sus piernas con medias de color oscuro...

Un atizador de la chimenea yacía no lejos de ella, totalmente enrojecido, con cabellos rubios, de un dorado ceniza, adheridos a su extremidad goteante de sangre.

También Selena Murray tenía los cabellos rubio ceniciento. Su cabeza estaba hundida, aplastada. Nadie podía hacer ya nada por ella. Estaba muerta.

Capítulo VII

EN el profundo silencio del *hall*, el grabador de conversaciones telefónicas sonó sordamente, como algo remoto y absurdo:

«—¿Quién llama? Dígame, ¿quién está al aparato? —y era, inconfundible, la voz del propio Todd Murray la que aparecía allí nítidamente registrada.

»—Soy un buen amigo —sonó ahora en la grabación del aparato la voz distante, ronca, susurrante y espasmódica, como si sufriera asma o dificultad en respirar—. Uno de sus mejores amigos, Todd Murray... Por eso quiero advertirle... Su mujer, Selena, dista mucho de ser la perfecta esposa que usted cree... Ella le engaña. Es cierto lo que le dije la otra noche. Le engaña con otro hombre. Puede comprobarlo hoy, si va a tiempo a cierta casa de mala nota del barrio de Lake Point... Está allí con su amante, burlándose de usted... ¿Le interesa saber más detalles? ¿Quiere esa dirección, Murray?

»—¡Cerdo! —bramó Todd Murray, descompuesto por la ira—. ¡Es usted un canalla, pero no va a convencerme, maldito sea! ¡Juro que no verteré su sucio veneno en mí alma por mucho que intente! ¡Está usted loco, rematadamente loco, bastardo sin conciencia!

»—Allá usted —rió la voz susurrante—. Le avisé. Si le gusta tener cuernos, es cosa suya. Recuerde que su mujer abortó en cierta ocasión... Tal vez prefirió hacerlo porque el hijo no era suyo, Murray... Ahora tiene relaciones con ese tipo, Ned Kowalsky, el fabricante de papel que se arruinó. Es posible que él esté sacándole a su mujer todo el dinero que necesita... Es bien sabido que se trata de un vividor, de un mujeriego que saca cuartos a las mujeres...

»—¡Rata asquerosa! —el aullido de Murray en la grabación era frenético—. ¡Cierre su sucia boca de una maldita vez, o juro que le mataré a usted en vez de hacerlo con mi esposa, si realmente me engaña! Yo le...»

Clic. En ese momento, el sonido del teléfono al colgar, revelaba que la comunicación telefónica con el anónimo comunicante había terminado. Larry Shatner miró tristemente a Betsy Lee que, muy pálida, permanecía acurrucada en una silla del vestíbulo, y luego a Todd Murray que, derrumbado, sollozaba en otro rincón.

—De modo que grababa usted las llamadas... —comentó.

—Tuve esa idea al recibir la primera llamada. Por si servía de

ayuda a la policía. Pero me cegué... Selena no estaba en casa. Tenía que haber estado. Me inquieté, empecé a pensar si todo sería cierto... La esperé en el *living*. Cuando llegó y le pregunté, pareció confusa. La acosé. Discutimos. Terminó por decirme que a mí no me importaba nada de lo que ella hiciera, y que debía tener confianza en su comportamiento o separarnos. Era como admitir que sí era verdad esa horrible infamia. Me cegué... La golpeé. Dios sabe que no quise hacerlo... Luego iba a ir en busca de Kowalsky Pero la presencia de su cadáver me sacudió como un mazazo. Reflexioné, empecé a comprender el horror de mi acción... ¡Y todo por culpa de un canalla sin conciencia!

—Entonces decidió no ir en busca de Ned Kowalsky para matarlo también... Pero ¿por qué no llamó a la policía, en vez de llamarme a mí, Murray?

—No... no sé. Tengo miedo. Quería hablar con alguien, tratar de justificar lo que no tiene excusa... Pero debí llamar al *sheriff* Arden, usted tiene razón...

—Ya le he llamado yo —suspiró Larry Sonó, distante, la sirena de un coche patrulla—. No tardará en llegar, Murray ¿Qué va usted a contarle?

—La... la verdad. No hay más que una, Shatner...

—Es homicidio, Murray Quizá asesinato... Depende de lo que decida el fiscal, del jurado, del juez Lumet...

—Lo sé —sollozó él amargamente—. Aceptaré lo que sea. Deseo pagar mi horrible crimen. Pero también exijo que se haga justicia con ese monstruo, con ese canalla que, tal vez, me indujo a ese crimen con una mentira...

—Usted no es totalmente culpable de todo esto, Murray —sentenció Shatner, moviendo la cabeza lentamente—. Lo dije muchas veces: en cualquier momento podía estallar el polvorín. Esta llamada que usted registró ahí, fue la mecha. Quizá eso le salve de un cargo de asesinato en primer grado' y sea sólo de homicidio por enajenación transitoria a causa de una cobarde llamada anónima... En fin, eso ya no tiene remedio.

—No, Shatner. Lo que no tiene remedio es la vida de Selena, de mi esposa. Ya nada ni nadie la devolverá jamás la existencia que yo le he quitado brutal, salvajemente...

—Esta vez ha sido un homicidio pasional. Antes fue un suicidio... Sólo Dios sabe lo que será la próxima vez... Es preciso dar caza a ese monstruo, Murray Es preciso. Y le prometo que haré lo imposible por conseguirlo... Es todo lo que puedo hacer por usted en este trance. Eso, y apoyarle con el *Journal* en todo momento...

—Gracias, Shatner —le miró patéticamente—. Usted es un buen

chico, lo vi enseguida... Yo no merezco ayuda de nadie. Pero dé con ese hombre. Hágalo, Shatner. Tome esto... Tal vez ayude al *Journal* a dar con una pista alguna vez...

Sacó un libro de cheques del bolsillo. Llenó uno con rapidez. Lo arrancó, tendiéndolo a Larry con mano temblorosa. Él lo tomó. Iba a nombre del *Journal*. Por valor de cinco mil dólares.

—Es la recompensa que puede ofrecer por ese canalla, Larry —jadeó.

—Tal vez resulte, no sé —Larry guardó el cheque. Fuera, en la calle, chirriaron los neumáticos del coche-patrulla, frenando sobre la nieve, ante la casa. Pisadas recias hallaron la acera nevada. Rápido, Larry hizo una pregunta a Murray—: ¿Conoce usted a un joven llamado Angus Granger?

—Sí... —los ojos de Murray brillaron—. Creo que es un muchacho algo raro, que trabaja en cosas como vigilancia nocturna, guardián de oficinas y cosas así...

—En efecto. Es el vigilante de noche del edificio donde tiene su consulta el doctor Gerard, aquel a quien violaron el secreto de su archivo médico...

—Sí, ahora recuerdo —golpearon la puerta reciamente en este momento—. El *sheriff* lo mencionó cuando interrogó a Treadwell y a mí como sospechosos del hecho...

—¡Abran a la ley, pronto! —tronó el vozarrón de Ralph Arden en el exterior.

—Ya voy —respondió Larry Shatner, encaminándose pesadamente a la puerta—. Escuche esto, Murray ¿Cree que ese muchacho podría ser... el Susurrador?

—¿Quién? —balbuceó Murray, desorientado.

—Es el nombre que se me acaba de ocurrir para nuestro anónimo criminal: El Susurrador... —y abrió la puerta lentamente, mientras Murray respondía, aturdido:

—Ese chico... No sé... No sé, Shatner...

El *sheriff* Arden, ceñudo, se quedó plantado en medio del *hall*, mirando alternativamente a Murray, a Shatner y, especialmente, a la muchacha telefonista con cierto asombro.

—Bien, ¿qué significa esto? ¿Qué hacen ustedes aquí? —bramó el representante de la ley, mientras dos de sus ayudantes uniformados entraban en el vestíbulo resueltamente.

—Se lo contaré luego, *sheriff* —suspiró Larry—. Ahora, será mejor que se ocupe de lo más importante. Todo ha ocurrido como imaginaba yo. Había demasiada carga en el ambiente. Ese maníaco logró su objetivo, después de todo...

Señalaba Larry al vecino *living*. Arden fue hacia allá con decisión.

Shatner captó su imprecación de horror y asombro ante la escena que veía. Cuando se volvió hacia ellos, avisó con voz dura y cortante como una hoja de acero:

—Van a tener que explicar todos ustedes muchas cosas... Sólo tenía que llamar usted a la policía, no a la Prensa, Murray En cuanto a usted, Shatner, espero que sepa lo que escribe en su periodichucho cuando hable de este asunto...

—Eso no debería preocuparle demasiado, *sheriff* —dijo Larry, corrosivo—. Lo terrible es que el verdadero responsable de todas estas cosas, aún ande suelto, y muy lejos de sus manos...

* * *

Una segunda edición del *Journal*, tras el agotamiento absoluto de la primera, se estaba voceando aquella fría mañana del veintiuno de diciembre en las calles nevadas de Waterville.

Esa edición, en gruesos titulares rojos, anunciaba no sólo el drama familiar de los Murray, con la muerte violenta de Selena Murray a manos de su esposo, en un momento de celoso arrebató, sino también la oferta del *Journal*, elevando a ¡seis mil dólares! la cifra por la captura o la pista que condujese al ahora llamado Susurrador, según feliz invención de Larry Shatner.

En líneas generales, la ley local volvía a quedar malparada. Y, lo que era peor para las autoridades de la ciudad, la gente, agrupada en las calles en corros excitados y hasta amenazadores, daban la razón al explosivo artículo de Larry Shatner, que acusaba de aquel crimen y del suicidio de Nancy Barnes al autor de las llamadas anónimas por encima de todo otro posible culpable material de los tristes hechos que ensombrecían las fiestas navideñas de Waterville.

Y aquel ser huidizo, de quien sólo se conocía el sonido de su voz susurrante, páfida y asmática, escapaba una y otra vez a la búsqueda del *sheriff* Arden y sus hombres, pese a las numerosas líneas telefónicas controladas por la policía.

—Estamos ganando más dinero del que jamás se ingresó en este periódico, Shatner, desde que usted llegó a esta ciudad —ponderó el financiero protector del *Journal*, Ben Walters, apartándose de la ventana desde donde veía arrebatarse los ejemplares del diario a los vendedores callejeros—. Y no creo que haya sido por causa de una serie de tristes acontecimientos que han roto la tradicional paz de esta población, sino porque hubo un hombre joven, combativo y con ideas, que supo tratar el tema adecuadamente.

—Agradezco esas palabras, señor Walters, pero en algo estoy de acuerdo con nuestros rivales al respecto: no es la clase de periodismo honesto que a mí me gusta. No obstante, dada la situación de

inferioridad respecto al *Post*, no teníamos otro medio de salir adelante. Creo que, en lo sucesivo, si el *Journal* reduce en parte su sensacionalismo, aunque sin dejar de ser un periódico agresivo, puede llegar a estabilizarse con firmeza y seguir compitiendo ventajosamente con el *Post*.

—Especialmente, si tú sigues con nosotros, Larry —elogió Pernell, sonriendo—. No habrás pensado dejar esto ya, ¿verdad?

—Mientras no me hagan la vida demasiado imposible en Waterville, no —rió suavemente Shatner—. Siempre he sido un poco trotamundos, pero tal vez aquí encuentre al fin un motivo para echar raíces, ya veremos. De momento, estoy a gusto. Y me complace mi tarea en el *Journal*.

—A nosotros también nos complace su trabajo, muchacho —aprobó el financiero, camino de la salida—. Pernell, súbale el sueldo a este muchacho. Páguele el doble que hasta ahora. Es una orden.

—Claro, señor Walters —se apresuró a afirmar Avery J. Pernell—. Lo haré gustoso, se lo aseguro...

Guiñó un ojo a Larry, y éste le miró pensativo.

—No creo merecer tanto —dijo modestamente.

—¿No?;Pero si eres tú el artífice absoluto del nuevo *Journal*! Evidentemente, el señor Walters así lo ha entendido también. No se hable más, hijo. Serán ciento sesenta dólares semanales. Casi puedes trasladarte al hotel Maine con semejante salario, y olvidar a la señora Prentiss y su pensión...

—No me gusta vivir de hotel. Aquella casa me resulta acogedora, hogareña. Espero que el alcalde Yates y Arden no le cierren el negocio a la buena señora... —Larry meditó, paseando por la redacción—. Por cierto, seguimos sin saber si ese joven, Angus Granger, fue el que llamó desde el hotel Maine a esta redacción...

—¿Has preguntado al botones de noche?

—No, aún no. Anoche estuve demasiado ocupado con el suceso de los Murray y los interrogatorios en las oficinas de Arden, antes de componer nuestro número de primera edición. Esta noche iré a verle. Además, hay una joven telefonista que tiene servicio de noche esta vez, y eso dará cierto incentivo a mi visita al hotel...

—¿Betsy Lee, la misma que te acompañaba en casa de Murray?

—Sí, la misma.

—¿Es algo más de una buena amistad lo que te une a esa jovencita?

—De momento, sólo eso: una buena amistad, no piense mal —rió Shatner.

—Por el contrario, muchacho. Pensaba muy bien. He visto a veces a esa jovencita, y es realmente atractiva. Sería estupendo que

encontrases en Waterville a la mujer de tu vida, ¿no te parece?

—Va demasiado deprisa, Pernell —resopló Larry, encaminándose a la salida con un bostezo—. Nos veremos esta noche, después de mi visita al hotel Maine. Empiezo a notar el cansancio hasta en el fondo de mis huesos...

Pisó la calle, hundiendo sus pies en la crujiente nieve, para pararse en seco, con un gesto de brusco sobresalto, al oír vocear a un muchacho cerca de él:

—¡El *Post*! ¡Edición especial del *Post*, con noticias de última hora! ¡El *Post*, con la muerte en accidente de Ned Kowalsky, en cuyo bolsillo se encontraron cartas de amor de la difunta señora Murray! ¡Compre el *Post*!

Con un juramento, Larry compró un ejemplar del diario rival. Clint Slatery, su antagonista, se apuntaba esta vez un tanto. En primera plana, se anunciaba la noticia:

NED KOWALSKY, ARRUINADO INDUSTRIAL Y
VIVIDOR DE MUJERES, MUERE EN ACCIDENTE DE
AUTOMOVIL. EN SU CADAVER SE HALLAN
CARTAS AMOROSAS DE SELENA MURRAY. EL
TELEFONISTA ANONIMO NO MENTIA.

Se alejó hacia la pensión de la señora Prentiss, leyendo la información del *Post* con expresión ceñuda. Para él, aquella tercera tragedia de Waterville era, como las anteriores, obra de una misma persona: El Susurrador, el monstruo del teléfono...

Capítulo VIII

—SE mató al salir de un lugar en Lake Point —dijo brevemente Larry, con expresión ausente—. Eso prueba que el comunicante estaba bien informado. Allí debió reunirse con Selena Murray Tras su reunión clandestina en algún hotelucho de la zona, salió con su coche hacia la carretera de Augusta. En un punto del camino, la nieve era dura y resbaladiza, convertida en una costa de hielo entre arbustos que impiden llegar el sol hasta allí fácilmente. He visitado el lugar del suceso antes de venir. Kowalsky patinó con el coche, se estrelló en la arboleda, y se mató. Creo que el forense ha calculado su muerte entre seis y siete de la tarde de ayer, de modo que coincide con la tragedia de la casa de los Murray Antes de morir Selena a manos de su enfurecido esposo, se había matado ya Kowalsky en la curva del camino de Lake Point.

—Dios mío... —musitó Betsy Lee, sentada frente a él en la cafetería del hotel Maine, ante sendas tazas de café los dos—. Sigue la tragedia por todas partes. ¿Cuándo va a terminar esto, Larry?

—Cuando ese canalla caiga en poder de la policía —silabeó Larry con firmeza—. No antes, Betsy Por eso tengo más interés que nunca en hablar con ese botones de este hotel. Necesito encontrar al Susurrador, si la ley no lo hace.

—No puede tardar en entrar de servicio —la joven miró su reloj—. Yo también debo dejarle en breve, Larry Dentro de veinte minutos empieza mi servicio, y aún debo uniformarme y recoger los informes de la telefonista del turno anterior.

—Bien, no la entretendré más, Betsy —la miró con simpatía—. Tal vez esté abusando demasiado de su amabilidad...

—Por Dios, Larry, no diga eso —su familiaridad actual era ya considerablemente mayor, tras las horas pasadas juntos en la oficina de Arden, la noche anterior, tras el homicidio en la Avenida de los Olmos—. Usted tuvo el detalle de llevarme consigo a algo tan serio como era la cita de Todd Murray anoche. ¿Qué menos puedo hacer yo que tratar de ayudarle en la medida de mis escasas y pobres fuerzas?

—En ese caso, Betty, quiero pedirle un favor.

—¿Cuál?

—En lo sucesivo, y aunque le resulte poco honesto, trate de escuchar toda llamada que se haga desde aquí al exterior,

especialmente si es desde un teléfono público del hotel. Nuestro misterioso individuo, si ignora que se captó el origen de su llamada, podría insistir en utilizar este lugar para hacer sus llamadas si la hora elegida es inoportuna o muy avanzada. Y si captase algo parecido a la voz ronca y susurrante que escuchó conmigo en casa de Murray en aquella grabación, apresúrese a avisar al *sheriff* y al personal del hotel para que le impidan escapar.

—Lo haré, no lo dude —suspiró ella—. Aunque sólo escucharé el inicio de cada llamada. Sólo si capto aquella horrible voz actuaré, siguiendo a la escucha.

—Buena chica —aprobó Larry, sonriente—. Sé que es una joven muy honrada para dedicarse a espiar a los demás, pero en un caso semejante, todo está justificado...

—Ahí lo tiene —le interrumpió la joven con voz viva—. El botones de noche ha llegado.

Es aquel muchacho pelirrojo... Discúlpeme a mí. Debo volver a mi trabajo, Larry.

—Claro —él se puso rápidamente en pie—. Buena suerte, Betsy Y hasta mañana.

—Hasta mañana —le sonrió ella, alejándose con su taconeo breve y gracioso, camino del vestíbulo. Después giró la cabeza y descubrió en la barra de la cafetería pidiendo un café solo, a un muchacho pelirrojo, de unos dieciocho a diecinueve años, vestido con un *loden* verde oscuro, con caperuza, sobre el que se diluían rápidamente los copos de nieve del exterior.

Avanzó decidido hacia él. No estaba dispuesto a dejar la pista del Susurrador por nada del mundo. El canalla de la voz ronca, autor ya de tres muertes violentas en pocas fechas, tenía que pagar sus culpas lo antes posible.

* * *

El muchacho se llamaba Dick Nelson y mantenía con su trabajo a una madre viuda y a un hermano menor que estudiaba. No sólo era «botones» de hotel, sino también recadero de una agencia por las tardes.

—Sí —afirmó a la pregunta de Larry, tras recibir los veinte dólares de obsequio de éste con evidente gratitud—. Vi un momento al tipo del abrigo gris que telefoneaba esa noche en el vestíbulo. Se lo mencioné a Betsy, la telefonista. Era Angus Granger.

—¿Sin duda alguna?

—Bueno, cuando me acerqué, él se marchó, volviendo la espalda, y pude haberme equivocado con alguien parecido, pero no lo creo.

—¿Conoces a Angus Granger personalmente?

—Sí. Hemos trabajado juntos en un negocio de almacenaje, durante algunas noches, antes de ingresar yo en este hotel y él en el edificio de ahí enfrente, dedicado a despachos de médicos, abogados y gestores, para ser vigilante de noche.

—¿Sois buenos amigos, entonces?

—No exactamente. Creo que Angus no tiene amigos, en el sentido estricto de esa palabra, señor Shatner.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es algo... extraño —hizo un gesto expresivo, llevando un dedo a su cabeza—. Yo diría que siempre estuvo algo chiflado, la verdad. Tiene reacciones raras, se le ocurren cosas absurdas de vez en cuando. No, no es un chico normal. Pero no es violento.

—¿Tiene la voz ronca, o alguna peculiaridad especial en su modo de hablar?

—No, no. Tiene una voz normal. Aunque... espere... —le miró, con un brillo en sus ojos azules—. Ahora recuerdo que padecía de algo cuando estábamos juntos. Tosía a veces... y respiraba con dificultad.

—¿Estás *seguro*? —preguntó Larry, en tensión, inclinándose hacia él.

—Sí. Claro que lo estoy Una vez o dos lo mencionó. Creo que padecía de... de asma. Un mal que cogió de niño...

—Asma... —Larry apretó los labios, pensativo—. Asma... Muchacho, eso puede ser importante. *Muy importante*... ¿Sabes dónde podría encontrar *ahora* a Granger, antes de entrar de servicio en el edificio de enfrente?

—Claro —sonrió el botones—. Lo encontrará en un pequeño bar de la calleja lateral. Se llama Nicos ese local. Verá el luminoso azul. Siempre está allí hasta que entra de servicio...

* * *

Era un local abigarrado, estrecho, con el humo flotando en su atmósfera igual que si fuese algo sólido e irrespirable. Comparado con el frío seco del exterior, la temperatura allí dentro resultaba agobiante y bochornosa. Un tocadiscos automático, a demasiado volumen, completaba el ambiente insoportable de Nicos.

Larry escudriñó a lo largo del mostrador, en busca de su hombre. La descripción que le diera poco antes el «botones» del hotel Maine era válida. Le localizó inmediatamente.

Era aquel joven larguirucho, encorvado sobre el mostrador, vestido con un abrigo color azul marino no demasiado nuevo, y luciendo un cabello rubio demasiado largo, sobre una cabeza en forma

de huevo, de rostro alargado y caballuno.

—Hola, Angus —saludó, parándose junto a él en la barra—. Soy un amigo. Te andaba buscando.

—¿Amigo? —el otro le miró ceñudo, con cara de pocos amigos—. No le conozco de nada. Absolutamente de nada...

Lo había dicho de una sola vez, sin tartamudear ni vacilar. Pero al término de sus palabras, Larry notó que respiraba hondo, como tomando aliento, y exhalaba una especie de leve jadeo. Evidentemente, respiraba con dificultad.

—Te equivocas, Angus —trató de tranquilizarle con tono apacible—. Soy un buen amigo. Mi nombre es Larry Shatner, trabajo para el *Journal*, y creo que puedes ganarte fácilmente la friolera de seis mil dólares, si me ayudas en algo muy sencillo.

—Déjeme en paz... —le miró, tartajeando luego—. No tengo ganas... de hablar con nadie. Y menos con usted. Me está molestando...

Larry insistió, dominando una fría ira que podía convertirse en violencia, si recordaba que aquél podía ser el tipo por cuya culpa se mató Nancy Barnes, Murray mató a su esposa, y Kowalsky se mató con su automóvil. Controlando perfectamente sus sentimientos, incluso llegó a sonreír y poner una mano en el hombro de Angus Granger.

—Vamos, vamos, no trato de molestarte, muchacho. Sólo quiero que me ayudes a encontrar a un tipo que se divierte llamando por teléfono sin dar su nombre y que...

—¡Déjeme! —aulló, con tan repentina furia y tono tan agudo el joven, que todas las cabezas se volvieron hacia ellos—. ¡No me toque! ¡Yo no hice nada! ¡No he telefoneado a nadie! ¡A nadie, no me acusará de nada malo!

Y le apartó de un manotazo violento, saltando de su banqueta y corriendo hacia el fondo del bar, rápido como una centella. Larry se lanzó tras él sin vacilar, abriéndose paso difícilmente entre la gente y los camareros del local, no derribando a uno de ellos con su bandeja repleta de servicios vacíos de puro milagro.

Angus cruzó la sala del fondo, corriendo como un desesperado, y de repente, Larry oyó un portazo, y una bocanada de aire helado le llegó hasta el rostro. Soltó una imprecación de disgusto al comprender que el local tenía dos salidas, y el asustado joven había tomado la posterior para huir de él.

Cada vez más convencido de haber dado con su hombre, Larry corrió en pos suyo decididamente, dispuesto a todo. Apartó a las últimas personas de su camino, y saltó al exterior, a un callejón nevado, desierto y mal alumbrado. Giró la cabeza a su derecha al oír crujir la nieve en aquella dirección.

Llegó a descubrir a Angus doblando la esquina con rapidez, como una larga y desgarrada mancha negra recortándose sobre el blanco de la nieve. Corrió tras él, tras de tomar aliento un instante.

Alcanzó una calle más iluminada, por la que circulaban algunos vehículos. No le fue difícil descubrir al fugitivo allá al fondo, ganándole terreno con sus largas piernas y su sencillez para correr por la nieve sin resbalar. Con una maldición, Larry procuró acelerar su carrera en pos del que escapaba. Tuvo que sortear a dos coches, cuyos claxons le censuraron acremente la osadía, mientras los conductores tenían que frenar para no golpearle. Angus Granger se había metido en otro callejón, al otro lado de la calle, quizás intentando burlarle de modo definitivo.

Una vez en la otra acera, Shatner penetró en ese callejón, viéndole correr hacia su final, en dirección a otra avenida bastante iluminada y con mayor tráfico que la anterior. Las luces de unos luminosos parpadeantes y el alumbrado callejero, recortaban su silueta en negro, inconfundible.

Larry iba ganando terreno ahora, tal vez porque el otro poseía menos fondo que él, aunque su sprint inicial fuese más veloz. Cuando Angus llegó a la calle bien alumbrada, él ya estaba a cosa de cincuenta yardas de la misma, y esa distancia se redujo al salir a la amplia acera, entre algunos transeúntes presurosos, cuya conversación brotaba envuelta en vaho de sus ateridos labios, a menos de cuarenta yardas.

Pudo ver cómo Angus giraba la cabeza, desesperado, viéndole aproximarse. Pese a que intentó acelerar la carrera, sus largas piernas parecían pesarle ahora demasiado, y se hundía en el blanco barrillo formado por la nieve en aquella zona, con algunas dificultades.

En un momento dado, el joven fugitivo resolvió intentarlo todo para dejarle de nuevo atrás, esta vez de un modo definitivo. Cuando cambiaban el semáforo y una fila de coches arrancaba a buena velocidad, él cruzó vertiginosamente la calle, provocando un caos de claxons y frenazos. Pero uno de los automóviles, lanzado a excesiva velocidad, no pudo frenar.

El impacto con el cuerpo se mezcló con el chirrido de frenos y el golpetazo que, posteriormente, dio el automóvil, tras derribar a Angus, al saltar sobre el bordillo de la acera, recibiendo en su parte posterior otro golpe de un coche que le vino encima. Todos los vehículos se quedaron parados, y una pareja corrió a asistir al caído, que permanecía inmóvil en la nieve, boca abajo. Un policía de tráfico situado más arriba, hizo sonar su silbato, apresurándose a venir al lugar del suceso.

Larry Shatner se detuvo frente al cuerpo caído. Respiraba entrecortadamente, el vaho salía a nubes de su boca, y los ojos se clavaron en la inmóvil figura humana.

—Pobre muchacho... —comentó un hombre inclinado sobre él—. Creo que está muerto...

Otros rodeaban ya el cuerpo. Larry se abrió paso entre ellos, poniendo una rodilla en la calzada nevada, para examinar al caído. Desgraciadamente, tenía razón.

Ya no podía interrogar a Angus Granger, fuese o no el hombre de las llamadas telefónicas. Estaba muerto. El impacto del coche había sido fatal para él. Su cabeza yacía levemente inclinada. El golpe con el bordillo de la acera, al caer, le había roto el cuello.

Algo había saltado de sus bolsillos al caer. Reposaba sobre la nieve, destacando su piel color granate oscuro en el blanco elemento. Larry lo recogió, mientras se apartaba de Angus. Nadie se fijó en su maniobra. El agente de policía llegaba ahora al cadáver, y apartaba a la gente, mientras pedía que alguien llamara a una ambulancia.

Shatner se apartó lentamente, guardando la agenda de Angus en su bolsillo, y hundiendo las manos en su sobretodo, para alejarse despacio, con expresión sombría. Se consideraba en parte culpable de la muerte de Angus. Si no le hubiera perseguido, él estaría ahora con vida. Pero por otro lado, ¿por qué huyó el muchacho, a menos que fuese realmente culpable y, asustado ante su presencia, intentara escapar, creyéndose desenmascarado?

Entró en un pequeño bar, pidiendo un whisky Mientras se lo servían, hojeó la agenda de tapas granate. Estaba a nombre de Angus Granger. Estaba repleta de números telefónicos. Buscó en la letra S.

Allí estaba él: Shatner, Larry Periodista. *Journal*. Y el número del diario.

Lentamente, buscó el nombre de Nancy Barnes en la B. También lo halló, con el número telefónico de la pensión. Igual el de la señora Prentiss. Y el de Todd Murray Y el de muchos otros: Harry Klein, Ned Kowalsky, Avery J. Pernell, el banquero Jason Treadwell... y Jonathan Clark, con el número de la pensión de la señora Prentiss también.

Cerró lentamente la agenda—y la guardó consigo. Aquélla sólo podía pertenecer al Susurrador. El anónimo comunicante insidioso tenía que ser Angus. De otro modo, ¿qué hacía semejante lista de teléfonos y nombres en su bolsillo?

—Tal vez sea el final —musitó, apurando de un trago su whisky—. El último drama. Pero me hubiera gustado estar seguro, saber que él era el hombre que buscaba...

Y, lentamente, se encaminó a la redacción del *Journal*, dando vueltas en su cabeza a la cuarta muerte violenta que Waterville conocía en tan escasas fechas. Ya tenía noticia de primera plana para el *Journal* de aquella mañana, pero no se senda feliz.

Y ni siquiera sabía exactamente por qué.

Capítulo IX

EL juez Lumet entregó a Ralph Yates la orden de libertad condicional para Todd Murray justamente cuando enterraban a Angus Granger en el pequeño cementerio de Waterville, y se iniciaba la Navidad.

A todos sorprendió gratamente que el severo magistrado, a la vista de las circunstancias, concediera a Murray el derecho a gozar de libertad hasta la vista de su causa, tras las fiestas de aquellos días. El fiscal había modificado su petición, solicitando el calificativo de homicidio pasional con atenuantes para el acusado, y el abogado defensor confiaba en sacar a su patrocinado con una pena inferior a los dos o tres años de prisión.

—Le felicito, Murray, sinceramente —dijo Shatner, a la salida de la celda, donde esperaba al detenido, junto con Slatery, del *Post*—. ¿Alguna declaración para el *Journal*?

—Sí —Todd Murray le miró sombríamente, deteniéndose—. Diga que, pese a todo, nada ni nadie modificará ya lo que ha ocurrido. Aunque me reconozcan todas las atenuantes y quede libre en pocos años, ya nunca podré devolver la vida a Selena... Diga sólo eso, amigo mío. Y añada también que el fin del Susurrador no me consuela lo más mínimo. Todos somos culpables de nuestros actos, no debemos echar responsabilidades en los demás.

Se alejó, metiéndose en su automóvil, y desde aquel día, hasta el del proceso, Larry Shatner no volvió a ver a Todd Murray en absoluto. Vivía encerrado en su casa de la Avenida de los Olmos, esperando el inicio del proceso.

Pasaron las navidades y entró un nuevo año para la comunidad de Waterville, ahora tranquila de nuevo. En una ceremonia pública, el «botones» del hotel Maine, Dick Nelson, y la telefonista del mismo establecimiento, Betsy Lee, habían recibido del *Journal* su premio compartido por dar la pista para el descubrimiento del culpable: tres mil dólares cada uno. Fue noticia de primera página en el *Journal*, cada vez más firme en su marcha ascendente, u con mayor tirada y venta que nunca.

El proceso de Todd Murray también hizo vender numerosos ejemplares. Finalmente, el hombre que mató a su esposa fue condenado a una pena de dos años de prisión, de los cuales casi uno lo pasaría, sin duda, en libertad vigilada, cuando hubiera cumplido el resto de su condena con buen comportamiento.

Murray salió custodiado del tribunal, pero su traslado a la prisión del Estado no se haría hasta el siguiente día a primera hora. El juez Lumet le permitió ir a pasar la noche a su domicilio, conminándole a que se presentara al amanecer en las dependencias policiales, para su traslado a prisión. El viudo dio su palabra, partiendo hacia su domicilio sin hacer declaración alguna.

Larry Shatner asistió al proceso junto a Betsy Lee, su joven amiga del hotel Maine. No lejos de ellos, se sentaba Jonathan Clark, su compañero de pensión en casa de la señora Prentiss.

Al coincidir en la cafetería inmediata al edificio del tribunal, Larry recordó algo de lo que nunca habían hablado tras la muerte de Angus Granger. Y le preguntó suavemente:

—Clark, ¿le llamó a usted alguna vez el Susurrador?

Jonathan Clark se sobresaltó ligeramente. Pero recobrando su compostura, miró a Larry con cierta extrañeza.

—¿A mí? —gruñó—. No, claro que no. ¿Por qué pregunta eso?

—Por nada. Estaba seguro de que usted también recibió su llamada alguna vez, eso es todo.

—¿Por qué habría de hacerlo? Yo no tengo nada que ocultar a nadie —sonrió Clark.

—Tal vez sí lo tenga, amigo mío. Por ejemplo: usted podía ser el padre de la criatura que esperaba Nancy Barnes. Se negó a casarse con ella. Y ella se mató. Eso lo sabía el Susurrador. Y le llamó, para advertirle que podía informar de tal cosa a la opinión pública local. De suceder así, usted perdería su clientela por completo.

El joven y atlético huésped de la señora Prentiss había palidecido de repente ante las palabras de Shatner. Tragó saliva, protestando con voz ronca:

—Eso... no tiene sentido, Shatner. Está yendo usted demasiado lejos en sus deducciones.

—¿Usted cree? —sonrió Larry—. La noche que yo empecé mi trabajo en el *Journal*, el primer día en la pensión, usted llamó por teléfono desde una cabina pública. Llamó a Nancy, ¿no es cierto? Ella misma me lo comentó...

—Eso es verdad —masculló Jonathan Clark de mala gana—. No tuvo por qué decírselo. No podía hablar con ella en la pensión sin despertar recelos en la señora Prentiss. Ya sabe que es una mujer muy puritana en ciertas cosas. Pero eso no significa nada... Ella iba con muchos hombres, Shatner.

—Y usted era uno de ellos —Shatner rió entre dientes—. No, Clark, ella nunca me dijo nada de usted, pero es fácil deducirlo. Como es fácil suponer que Angus Granger, con acceso a los papeles privados del doctor Gerard, sabía lo del embarazo de Nancy, así como

posiblemente la confesión de la joven al médico, calculando que usted debía ser el padre de la criatura, conforme a sus suposiciones. Por eso su nombre y teléfono estaba en la agenda de Angus.

—Es usted un maldito entrometido, Shatner —se irritó Clark, mordiendo con rabia las palabras—. No debí tener con una persona como usted el menor trato. Perdone, señorita. Buenas tardes.

Y tras saludar con una inclinación de cabeza a Betsy Lee, se alejó airadamente de la barra de la cafetería.

—¿Por qué le irritó tanto? —preguntó Betsy al joven periodista—. Después de todo, eso ya pasó, Larry...

—Sí, pero todos fueron culpables de la muerte de Nancy, no sólo el Susurrador. Después de todo, ella buscaba ayuda, alguien que la protegiese de su soledad y del escándalo. Y no lo encontró. Ese ha sido el peor crimen de todos.

—¿Cree que puede hacer usted que el mundo sea mejor? —sonrió Betsy.

—No lo sé. Pero debería serlo. La gente sólo trata de ser buena en Navidad, y eso no es suficiente, Betsy. Ahora ya pasó Navidad. Vuelven los egoísmos y las ambiciones, el total y absoluto desprecio a los demás y a sus problemas...

—Larry, no podemos hacer milagros. Nadie puede hacerlos en este mundo. Debería bastarle con saber que todo acabó, y que esa insidiosa voz del teléfono ya no sonará más en Waterville...

—Sí, eso es lo único cierto. Pero la verdad es que lo sucedido ya nadie podrá repararlo.

Selena Murray y Ned Kowalsky están muertos y enterrados, como Nancy. También lo está Angus Granger, que obtuvo los informes de la oficina del doctor Gerard y llevó el miedo y la angustia a la gente con sus llamadas... Es como si nada hubiera ocurrido. Pero todos sabemos que ocurrió, y que muchas de sus consecuencias, como dijo el propio Murray en su juicio, son irreversibles...

—¿Por qué cree que Angus haría eso?

—Según los psiquiatras, porque era un joven enfermo mentalmente, que deseaba ser alguien y no era nadie. Pensó en herir a los demás, en dañar sus vidas, en llevarles el tormento y la angustia a sus plácidas existencias. Eso, sin duda, le hacía sentirse importante.

—¿Vivía solo?

—Sí, solo y sin familia. Padecía realmente de asma. Pero creo que su peor enfermedad estaba en su mente. Tal vez haya que compadecerle más que odiarle. Y, sin embargo, yo sigo odiando al Susurrador, pese a todo.

—Cuando oí su voz en la vista contra Murray, me recordó todo aquel horror... Ya sabe, cuando pasaron la grabación de la llamada

telefónica que desencadenó la tragedia...

—Sí, ya sé. Murray tuvo mucha fortuna de conseguir esa grabación. Es la que decidió el jurado a ser benévolo. Todos pensaron que, con una voz así, resonando en sus oídos, podía suceder cualquier cosa, incluso un homicidio... Espero que Murray olvide alguna vez todo esto también...

—Bien, Larry —suspiró la joven—. Debo dejarle. Esta semana tengo turno de día en el hotel. ¿Nos veremos?

—Por supuesto —asintió Shatner—. Mañana mismo, si le parece bien, Betsy.

—El trabajar en una centralita telefónica nos hace particularmente sensibles a los diversos timbres de voz y su sonido en las líneas... Por eso quizás, cuando oí repetida la voz del Susurrador en esa grabación... tuve una repentina sorpresa.

—¿Sorpresa? ¿Por qué? —Larry la miró, pensativo.

—No sé... Es como si conociera esa voz de algo, como si tuviera algo, como si tuviera algo extraño que me hizo pensar en algo... Algo que luego se me fue de la mente. Pero casi hubiera jurado que... que *no era* la voz de Angus Granger... Qué tontería, ¿verdad?

—Sí, claro. Qué tontería... —Larry la vio alejarse momentos después, se inclinó pensativo sobre el mostrador y pidió un *bourbon*. Mientras tanto, se repitió a sí mismo:

—una tontería... Pero ¿y si no lo fuese?

* * *

Betsy Lee miró su reloj. Le faltaba poco para terminar su jornada en el hotel Maine. Había entrado a la una y media de la tarde, después de la última sesión del juicio, y ahora estaban a punto de dar las nueve de la noche. Era su tiempo habitual de servicio.

Empezó a recoger sus cosas, mientras transcurrían los minutos sin ninguna llamada. Fuera, estaba empezando a nevar nuevamente. El gerente del hotel asomó por la ventana de la centralilla, sobresaltándola.

—Señorita Lee, por favor —la pidió sonriente—, ¿Quiere grabar una conversación que tendrá lugar desde la habitación número once? Es una llamada al exterior, y el detective del hotel está interesado en controlarla. Parece ser que tenemos a un estafador entre nuestros huéspedes...

Le entregó un grabador de llamadas telefónicas, que ella acopló a la centralita.

—Desde luego, señor Farrow —asintió ella distraídamente, aunque no le gustaban estas cosas—. Lo grabaré todo. Espero que no

tarden demasiado en hacer la llamada...

—No, será cosa de pocos minutos. Esté atenta, por favor.

Ciertamente, a los cuatro minutos, la habitación once hizo la llamada exterior. Betsy conectó la grabadora especial, dejando que pasara la cinta magnética mientras hablaban. A su término, desconectó. El gerente no venía aún. Betsy rebobinó, pasando la grabación para comprobar su pureza. Escuchó las voces, pensativa. De repente, se sobresaltó, mientras las diferentes tonalidades de ambas voces en conversación resonaban lejanas en su oído.

—Dios mío... —musitó—. Podría ser *eso*, sí...

Agitada, detuvo la grabación. El gerente asomó, y ella le entregó el aparato, con una sonrisa. Luego, una vez sola nuevamente, volvió a reflexionar mientras transcurrían los minutos. Sólo diez más, y estaría en la calle.

Tenía tiempo. La idea, absurda y arriesgada, pero también fantástica, pasó por su mente. Se inclinó sobre la centralita. Consultó en la guía telefónica y marcó un número, esperando. Al término, descolgaron. Una voz lejana habló:

—¿Sí, dígame?

Betsy se estremeció ligeramente. Y habló con su más suave voz.

—Verá... Soy Betsy Lee, amiga del señor Shatner, y quisiera preguntarle algo... Es algo poco importante, claro...

—La escucho —respondió la voz, con amabilidad—. ¿Qué desea de mí, señorita Lee?

Ella empezó a hablar. Esperaba ser convincente. Sabía que, si estaba en lo cierto, estaba jugando con fuego y podía abrasarse en él.

* * *

Larry miró a la centralita del hotel. Betsy ya no estaba allí. Otra compañera ocupaba su puesto. Consultó su reloj. Llegaba con un par de minutos de retraso.

Paseó un rato, pero ella no salió. Larry entró al hotel. La buscó en vano. No dio con ella ni en la cafetería ni en el vestíbulo. Dick Nelson, el «botones», se acercó sonriente.

—Hola, señor Shatner —saludó jovial—. Nunca olvidaré que, gracias a usted, mi madre pudo salir de deudas y pagar la hipoteca, con aquellos tres mil...

—No tuvo importancia. Los supiste ganar, muchacho. ¿Has visto a la señorita Lee?

—Claro. Salió a la calle al terminar su jornada. Subió a un coche...

—¿Un coche? —Larry arrugó el ceño—. ¿Estás seguro?

—Sí, sí. Me sorprendió que no le esperase a usted ni fuera su coche. Yo soy muy observador, ya lo habrá notado. Por eso, al intrigarme ese hecho, tomé el número de matrícula del coche.

—Ciertamente, eres un pequeño detective —rió Shatner de buen humor—. ¿Cuál era esa matrícula, muchacho?

Él se la mencionó. Larry asintió, dándole las gracias, y salió a la calle. Paseó por la acera, pensativo. Luego, se metió en una cabina telefónica. Llamó al servicio de Tráfico de Waterville. Dio la placa que le citara Dick Nelson, y pidió por su propietario. Esperó.

Al fin, la voz respondió al otro extremo del hilo, y le dio un nombre.

Larry colgó, sombrío, tras dar las gracias. Luego, precipitadamente, saltó fuera de la cabina. Su rostro se había contraído con repentina tensión.

Subió de un salto a su viejo coche, y lo puso en marcha lo más rápidamente posible, lanzándose calle abajo sin una vacilación, a través de la nevada.

Capítulo X

—¿POR qué me ha traído a su casa, señor Murray?

Todd Murray sonrió, sosteniendo la copa de brandy entre sus manos. La miró largamente, con aire pensativo.

—Es una despedida, señorita Lee. Recuerde que al amanecer emprendo mi largo viaje a una celda de la penitenciaría del estado —dijo apaciblemente.

—No es tan largo. En poco más de un año, estará de regreso.

—Eso es cierto —suspiró Murray tomando un sorbo del brandy—. Un año. Es muy poco tiempo para un homicidio, ¿no le parece?

—Fue decisión del jurado. —Betsy se estremeció, al posarse su vista en el hogar encendido y en los atizadores allí alineados. Evocó una noche trágica, un cadáver, un atizador sangrante... Luego añadió, insegura—: No me conoce apenas. No era precisa esta despedida.

—Pero usted me telefoneó, recuerde. Quería saber algo...

—Fue algo que me preguntó el señor Shatner... —tartamudeó ella, parpadeando—. Sólo eso, señor Murray, se lo aseguro.

—Miente muy mal, señorita Lee —rió Murray con buen humor—. No, no creo que el señor Shatner la preguntase nada. Usted actuó por su cuenta. Estaba observando su rostro hoy, cuando se pasaba de nuevo la cinta grabada aquella noche con la charla telefónica en esta casa. Recordé que las telefonistas profesionales tienen una especie sensibilidad para reconocer las voces, aunque se disfrazen. Dígame, ¿verdad que fue *usted* quien advirtió que mi voz y la del Susurrador en esa charla telefónica ERAN LA MISMA, y no el señor Shatner?

—Yo, no... Le aseguro que no... —y perdió el habla, con repentino terror, al ver que Murray dejaba su copa de brandy en la repisa de la chimenea, y empuñaba con lentitud un atizador de hierro—. ¿Qué... qué está haciendo, señor Murray?

—Señorita Lee, usted está jugando a los detectives, precisamente cuando ya estoy fuera de su alcance, porque nadie puede ser juzgado dos veces por un mismo delito, según nuestras leyes, y usted lo sabe. Si le confieso ahora que maté a sangre fría a mi mujer, deliberada e inesperadamente, que ella nunca me engañó con nadie, y que mi crimen no fue pasional, sino interesado, aunque usted fuese a contar eso a alguien, no podrían hacerme nada, salvo tenerme, como máximo, los dos años de cárcel sin salir. Una pena que aun así sería

corta, para compensar una herencia de dos millones de dólares, que es lo que mi esposa deja al morir. Mis negocios iban mal, no tengo la fortuna que muchos imaginan, porque vivía virtualmente del dinero de mi mujer últimamente, y ella se estaba poniendo dura conmigo, porque yo sí la engañaba con chicas como esa Nancy que tan a tiempo puso fin a su vida, ya que su hijo igual podía ser de Jonathan Clark que mío. Me gustan las mujeres y el dinero fácil, y en mi actual bancarrota, mi mujer estaba atándome corto. Ella se lo buscó.

—Usted...!la asesiné! —el horror provocó un sonido roto en su voz.

—Eso es: la asesiné. Con toda frialdad y cálculo. Pero para todos, esa conversación que yo falseé con una grabación de mi voz al teléfono, haciendo una mezcla perfecta, fue mi mejor coartada para presentarme como víctima de la maldad de un comunicante anónimo.

—Su coartada era... El Susurrador —musitó Betsy, aterrada.

—Sí, señorita Lee. El Susurrador nació para servirme de coartada. Nunca intentó otra cosa que librarme de mi mujer con visos de crimen pasional, y a la vez deshacerme de la molesta Nancy Bates... Un buen amigo mío, el pobre tonto de Angus Granger, me facilitó los datos precisos, violentando un archivo del doctor Gerard. Le hice creer que él era el Susurrador, dándole llamadas sin importancia, mientras yo me reservaba las que me convenían a mis planes. Ahora, muerto ese fantástico personaje, muerto también el bueno de Angus, que creía de buena fe ser el único capaz de convulsionar a toda esta ciudad, nada tengo ya que temer. Ni aunque confiese mi crimen.

—Pero... pero está el suicidio de Nancy... Y usted quizás llevó a Kowalsky a una trampa, puso esas cartas de amor en su bolsillo, cartas que tal vez usted falsificó... ¡Seguro que *también* mató a Kowalsky!

—Empieza a mostrarse peligrosamente lista —rió Murray, enarbolando su atizador—. Sí, acierta. Maté a Kowalsky, llevándole a una cita en Lake Point, antes de matar a mi mujer. Le metí en su coche y le envié contra la arboleda cuando ya estaba muerto... No necesité falsificar nada. Mi nombre completo es Todd Nedford Kowalsky, y Selena siempre me llamó Ned siendo novios. Elegí unas cuantas cartas de entonces, y se las puse al cadáver de Kowalsky en un bolsillo. Todo salió perfectamente. Ahora, señorita Lee, no puedo dejarla marchar con vida. Usted me podría hundir, probando que la llamada era falsa y yo lo planeé todo... Tendría que pagar por la muerte de Kowalsky, la de Nancy, la de Angus, el pobre diablo tonto y asmático... No, no. Demasiado riesgo. Un año por millón va bien. Pero más, no. Lo siento, querida amiga, usted se lo buscó...

Y se movió hacia ella resueltamente, atizador en mano, Betsy Lee, angustiada, se acurrucó en un ángulo de la sala, sin poder huir a su trágico destino...

Los vidrios saltaron en pedazos. Murray se volvió con un grito ronco, enarbolando amenazadoramente el atizador.

—¡Shatner! —gritó con voz quebrada, que recordó la del anónimo comunicante de la voz insidiosa—. ¡Usted, maldito sea...!

—Será mejor que tire ese objeto, Murray —silabeó Shatner, con una llave inglesa en su mano, tras penetrar en la estancia a través de uno de los ventanales del jardín, como una aparición milagrosa para Betsy—. Si quiere lucha, piense que soy más fuerte y ágil que usted. Y que no tendré piedad con un asesino...

—De modo que era cierto. Usted sospechaba de mí... —jadeó Murray, muy pálido.

—No, no sospechaba de usted hasta que Betsy dijo algo sobre esa grabación... Entonces tuve una idea, y fui a casa del difunto Angus Granger, registrándola a fondo. Hallé evidencias de que había trabajado antes con usted, como guardián de un almacén suyo. Eso relacionaba a Granger con usted. ¿Y si el Susurrador eran *dos* personas, la idea enfermiza era de Angus, pero su aplicación práctica como *coartada* para un crimen o dos, era cosa suya, Murray? Estaba dando vueltas a eso, cuando supe que usted había ido a recoger a Betsy en su coche a la puerta del hotel. Tuve miedo de lo peor, y vine hacia acá... Ahora ya no me caben dudas...

—¡Asesinó por dinero a su mujer, Larry! —gimió Betsy—. Y asesinó a Kowalsky, se deshizo de Nancy porque él podía ser el padre del niño...

—Bien, Murray ¿Qué decide? —preguntó Larry duramente—. He venido a toda velocidad, infringiendo todas las normas de tráfico... y escuche sus consecuencias.

Las sirenas de dos patrullas policiales ululaban en la calle, muy cercanas. Murray sonrió tristemente, dejando caer su atizador. Miró a ambos jóvenes. Betsy corrió a parapetarse en los brazos de Larry.

—Esto le servirá para un buen artículo, Shatner —comentó Murray, sarcástico—. Le felicito. Usted gana. Lástima, porque estaba bien planeado. Pero también he previsto el fracaso... Tengo una confesión completa en mi caja fuerte. Dígaselo al *sheriff* Arden...

Y rápidamente, llevó a su boca algo que extrajo con mano veloz de un bolsillo de su batín de seda. Larry trató de evitarlo, pero le fue imposible. Le vio tragar algo, con una sonrisa fría y distante.

—Y es tarde —dijo risueño—. El veneno es rápido. Y eficaz. No pueden salvarme. Adiós, Shatner. Nunca debió venir a esta ciudad. Nunca...

Se desplomó ante ellos, pesadamente, empezando a tornarse

lívido. Una espuma verdosa asomó entre sus labios. Golpes pesados aporrearon la puerta. Larry apretó a Betsy contra sí. Caminó hacia la puerta mientras sonaba la voz exigente de un policía.

La besó, impulsivo. La oprimió con fuerza. Y murmuró roncamente:

—Betsy... Creo que cuando temía por tu vida... comprendí que hay más que amistad entre nosotros dos. Mucho más...

—Sí, Larry —musitó ella—. Yo también sufría... por morir sin poderme despedir de ti...

—¡Abran a la ley! —tronó la voz en el exterior mientras arreciaban los golpes—. ¡Abran o tiramos la puerta abajo...!

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda AHORA la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**